

James W. McGuire
Department of Government
Wesleyan University
Middletown, CT
06459

Phone: (860) 685-2487
E-Mail: jmcguire@wesleyan.edu

English version of manuscript completed March 25, 1992
Translation (English to Spanish) by Samuel Amaral, June 1992

The author thanks Samuel Amaral, Deborah L. Norden, and Tulio Halperín
Donghi for helpful comments on earlier drafts of this chapter

SAMUEL AMARAL
MARIANO BEN PLOTKIN
COMPILADORES

PERON DEL EXILIO AL PODER

Colección de Estudios Socio-Políticos

Dirigida por

Carlos Oreste Cansanello

I.S.B.N. 950-753-005-3
© por Cántaro Editores 1993
Belgrano 3242 (1650), San Martín (Buenos Aires)

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Cántaro Editores
1993

Capítulo 6

PERON Y LOS SINDICATOS: LA LUCHA POR EL LIDERAZGO PERONISTA

James W. McGuire

El carisma es un tipo de autoridad basada en la creencia compartida de que cierta persona tiene una extraordinaria percepción acerca del modo de vida y de organización de la comunidad. De los tres tipos de autoridad de Weber —carismática, tradicional y racional-legal—, la autoridad carismática es la más fértil y más inestable. Cuando un líder carismático muere o es desplazado, la comunidad carismática, que forjó su identidad en torno del líder y que no ha contemplado el problema de la sucesión, cae en una crisis. La comunidad desaparece o el carisma se rutiniza en una de las otras formas de autoridad. La rutinización es un proceso por el que líderes secundarios, guiados por el mensaje del líder original, desarrollan vías regulares de administrar la comunidad y de organizar su interacción con el mundo exterior, transforman lo que era originalmente una relación sin mediación entre el líder y sus seguidores en una organización basada en reglas. En el contexto de la política de masas, la rutinización significa la transformación de un movimiento de masas centrado en el líder en un partido político centrado en la organización.

La rutinización comenzó en el peronismo poco después del golpe de 1955 que terminó los nueve años de presidencia de Perón y que lo envió a un exilio de dieciocho años.

Dado que el movimiento sobrevivió, debía esperarse que se produjera la rutinización una vez que Perón había dejado el país. El proceso resultó inusitado, sin embargo, ya que, tras hacer un progreso significativo, se desintegró. Este capítulo analiza las fuerzas que promovieron la rutinización del peronismo, explica por qué el proceso fracasó y muestra cómo su colapso afectó la evolución del peronismo y de la política argentina. Sus principales conclusiones son que el interés material de los líderes secundarios peronistas promovió la rutinización del movimiento; que Perón mismo, renuente a ser convertido en una figura simbólica, socavó el proceso; y que el colapso de la rutinización fue tanto una precondition clave del eventual retorno de Perón a la presidencia como un importante catalizador del golpe de 1966. El caso del peronismo muestra que un líder original que sobrevive físicamente el desplazamiento puede ser capaz de revertir la rutinización aun después que ella ha ganado considerable impulso, que el proceso de rutinización favorece a algunos líderes secundarios en detrimento de otros y que estos líderes secundarios desplazados pueden contribuir a debilitar el proceso.

El peronismo se asemejaba a una comunidad carismática en que era un movimiento centrado en el líder, carente de procedimientos formales para la rotación del liderazgo. Sin embargo, difería de una comunidad carismática en que motivos instrumentales eran quizás un elemento central en la generación de apoyo a Perón.¹ Al analizar la formación de las comunidades carismáticas, Weber destaca la necesidad de aliviar la zozobra psíquica como un importante factor que predispone a los seguidores a apoyar al líder. De acuerdo con el análisis de Weber, frecuentemente se asigna un papel crucial en la coalición inicial que apoyó a Perón a los migrantes rural-urbanos que experimentaban zozobra psíquica. Hay clara evidencia de que migrantes recientes a Buenos Aires y a otras grandes ciudades conformaban una importante proporción de los seguidores iniciales de Perón.²

Sin embargo, también se ha demostrado que muchos de estos seguidores eran habitantes urbanos de larga data. Igualmente importante es que no está claro que los migrantes estuviesen experimentando zozobra psíquica, o que apoyaran a Perón principalmente debido a motivos preconscientes o compensatorios. Como los habitantes urbanos de larga data, los migrantes tenían buenas razones instrumentales para apoyar a Perón, quien era personalmente responsable por el súbito incremento de la riqueza, poder y prestigio de los sectores más postergados. Además, la noción de que los migrantes estaban experimentando zozobra psíquica está basada en la suposición de que habían desarrollado marcos normativos clientelísticos mientras vivían en áreas rurales y que esos marcos normativos fueron dislocados durante o después de su migración a las ciudades.³ Desconfiando de esa suposición, se ha demostrado que muchos migrantes rurales provenían de áreas de agricultura relativamente modernizada, que otros pueden haberse adaptado migrando en etapas (viviendo en ciudades pequeñas antes de mudarse a otras más grandes), y que muchos migrantes "rurales" provenían de distritos donde había ciudades de más de 20.000 habitantes.⁴

Una segunda diferencia entre el peronismo y una comunidad carismática se encuentra en la relación líder-seguidor. En una comunidad carismática esta relación es, típicamente, directa y sin mediación. En el peronismo, en cambio, la relación líder-seguidor era en parte mediada, por lo menos en el caso de los trabajadores, por un conjunto de organizaciones sindicales relativamente autónomas. Según una estimación, Argentina en 1943 tenía el más poderoso movimiento sindical de América latina.⁵ Los indicadores utilizados para llegar a esta conclusión pueden ser discutidos, pero está claro que cincuenta años de organización y lucha habían permitido a los sindicatos desarrollar considerable poder y autonomía antes de que Perón hiciera su aparición en la escena. A diferencia de la CGT, que Juan y Eva Perón lle-

naron de aduladores especialmente digitados, los sindicatos individuales de nivel nacional retuvieron cierto grado de autonomía durante la presidencia de Perón. Esta independencia se hizo más visible a principios de los 50, cuando luchas por el liderazgo en los sindicatos de obreros textiles y metalúrgicos fueron ganadas por disidentes.⁶ La autonomía preservada por los sindicatos durante la presidencia de Perón proveyó la base en torno de la cual la rutinización luego cristalizó. E irónicamente, dada su oposición a ese proceso, las propias políticas económicas y laborales de Perón proveyeron un catalizador para la rutinización. Durante su presidencia, Perón expandió considerablemente el papel del estado como empleador, regulador de variables económicas, participante en negociaciones colectivas y supervisor de las finanzas y de las elecciones sindicales. Como el estado permaneció activo en todas estas áreas después de la caída de Perón, los dirigentes sindicales tuvieron fuertes incentivos para participar en la política electoral, quisiera o no Perón. En consecuencia, no es sorprendente que la rutinización del peronismo tomase la forma de un proyecto de construcción de un partido patrocinado por un miembro del liderazgo sindical peronista.

A comienzos de los 60 un dirigente sindical peronista, Augusto Vandor, comenzó a llevar el centro de gravedad del movimiento hacia un partido político independiente de Perón. Dejando de lado la tradicional hostilidad entre sindicalistas y políticos, Vandor y sus aliados sindicales, que estaban basados en Buenos Aires y sus alrededores, comenzaron a forjar alianzas con políticos neoperonistas, que dirigían organizaciones partidarias provinciales basadas en el patronazgo, que se reclamaban continuadores de la tradición peronista pero rechazaban someterse a las directivas de Perón. Vandor gozaba de un flujo constante de recursos financieros, gracias a las disposiciones de la Ley de Asociaciones Profesionales de 1945 que obligaba a los empleadores a retener la cuota sindical del salario de

los trabajadores. Los neoperonistas, entretanto, tenían acceso a los recursos materiales de los gobiernos provinciales que controlaban. Tanto los sindicalistas, que para obtener las cuotas debían contar con el reconocimiento del Ministerio de Trabajo, como los políticos neoperonistas, cuyos gobiernos provinciales dependían de la asignación del ingreso fiscal por el gobierno nacional, tenían un fuerte interés material en que se les permitiera competir por el poder del estado. Este interés material, como Weber podría haber predecido, jugó un papel importante en la activación del proceso de rutinización.

Renente a ser marginado por la iniciativa de Vandor, Perón comenzó una campaña para frustrarla. Dos factores le permitieron tener éxito. Primeramente, muchos de los seguidores de Perón continuaban reverenciándolo. Esta reverencia derivaba de un recuerdo en parte idealizado, en parte fiel, de cuánto mejor que los gobiernos anteriores o posteriores había sido para ellos el suyo entre 1946 y 1955. Debido a su profunda lealtad al líder exiliado, la mayoría de los peronistas obedecieron sus instrucciones de votar en contra del candidato apoyado por Vandor en la decisiva elección de gobernador de Mendoza en 1966. La derrota de Vandor en esta elección descargó un golpe fatal a su proyecto de construcción de un partido. En segundo lugar, Perón pudo forjar alianzas con las facciones antivandoristas del peronismo sindical y político, que se oponían a la iniciativa de Vandor porque amenazaba marginarlos también a ellos. Si no hubiese sido por los recursos organizativos provistos por estos peronistas antivandoristas, es posible que el persistente atractivo personal de Perón no hubiese sido suficiente para hacer descarrilar a la poderosa maquinaria política que estaban construyendo Vandor y los políticos neoperonistas.

Un importante legado de la fracasada rutinización del peronismo se relaciona con la evolución del movimiento mismo. Si Vandor hubiese tenido éxito en hacer de Perón

una figura simbólica, la historia del peronismo (y de la Argentina) hubiera seguido un camino diferente. Nadie puede decir adónde hubiese conducido ese camino, pero es improbable que hubiese implicado el retorno de Perón a la presidencia. Otro importante efecto del fracaso del proyecto de Vandor fue que ayudó a precipitar el golpe de 1966. La iniciativa de Vandor representaba una salida para lo que Guillermo O'Donnell ha llamado el "juego imposible".⁷ Un aspecto clave del juego imposible era que los militares no podían vivir con, y tampoco sin, las restricciones electorales impuestas al peronismo después del golpe de 1955. No podían vivir con ellas porque una lucha acerca de cuán estrictas hacerlas estaba destruyendo la cohesión institucional de las fuerzas armadas y porque muchos oficiales temían que, excluido permanentemente de la competencia electoral, el peronismo girase a la izquierda. Sin embargo, tampoco podían vivir sin esas restricciones, porque pocos oficiales estaban dispuestos a permitir una reedición del gobierno peronista, especialmente si ello significaba el retorno de Perón al poder.

El proyecto de Vandor presentó una salida a este dilema. Si Vandor se las hubiese arreglado para despojar a Perón del liderazgo efectivo del movimiento peronista, los militares no hubiesen tenido que enfrentar el espectro de un retorno al período 1946-1955. Por otra parte, si Vandor, un anticomunista pragmático, hubiese ganado control efectivo del peronismo, su victoria hubiera disminuido el temor militar de que el movimiento pudiese girar a la izquierda. Y si Vandor hubiese combinado estos logros con la creación de un "peronismo sin Perón" firmemente anticomunista, los antiperonistas duros podrían haberse mostrado más dispuestos a aceptar la participación del movimiento en la política electoral, eliminando el problema que dividía a las fuerzas armadas. Pero la iniciativa de Vandor sucumbió ante los esfuerzos de Perón. Cuando el candidato de Perón derrotó al de Vandor en las elecciones de gobernador

de Mendoza en abril de 1966, algunos oficiales clave se dieron cuenta de que cualquier intento de integrar a los seguidores de Perón al sistema político requeriría negociaciones no con Vandor, sino con Perón mismo. Mientras que muchos oficiales hubiesen aceptado la participación electoral de un partido neoperonista bajo la hegemonía de Vandor, ninguna figura militar importante estaba dispuesta a negociar con Perón. La derrota del proyecto de Vandor contribuyó a precipitar el golpe de 1966 al hacer a los líderes militares más escépticos acerca del escenario alternativo de la continuación del gobierno civil.

I. El peronismo se aleja de Perón

Entre 1955 y 1958 la Argentina tuvo un gobierno militar. El primer presidente militar, general Eduardo Lonardi, criticó la conducta personal de Perón pero dejó a la CGT en manos peronistas, permitió al Partido Peronista reorganizarse bajo nuevos líderes y preservó la legislación social y laboral de Perón.⁸ Dos meses después, los antiperonistas duros lo reemplazaron por el general Pedro Eugenio Aramburu, quien dio a su gobierno un curso más radical. Purgó a las fuerzas armadas de sospechosos de simpatizar con el peronismo; prohibió las consignas y símbolos peronistas; proscribió al Partido Peronista; y decretó un nuevo Estatuto de los Partidos Políticos, que de hecho prohibía al formación de un nuevo partido político controlado por Perón. En el campo sindical, donde residía el verdadero poder del peronismo, el gobierno intervino la CGT, arrestó o proscribió a decenas de miles de dirigentes sindicales peronistas y permitió a sindicalistas antiperonistas tomar los locales sindicales por la fuerza.

El gobierno de Aramburu basó su política en la suposición de que Perón había engañado o coaccionado a los trabajadores para que lo apoyasen. Aramburu y sus colegas estaban seguros de que los trabajadores, liberados de sus

"autoritarios" dirigentes peronistas, apoyarían a los partidos no peronistas y adoptarían una línea sindical economicista, preocupada por los salarios y las condiciones de trabajo. Esta suposición se demostró falsa. La supervivencia de la identidad peronista a pesar del intento del gobierno de Aramburu de erradicarla sirve de testimonio de la reverencia y afecto que muchos trabajadores todavía sentían por el presidente depuesto. Debido a que Perón había surgido como un coronel pro obrero en medio de un gobierno militar (1943-1946) antiobrero, él pudo atribuirse personalmente las ganancias materiales, organizativas y simbólicas que los trabajadores adquirieron en ese período. Muchos trabajadores simplemente no estaban dispuestos a abandonar a un líder que había hecho por ellos más que nadie en la historia argentina. En lugar de rechazar a Perón, los trabajadores lanzaron la Resistencia Peronista, que consistió en huelgas, sabotaje y bombas, cuyo objetivo era asegurar ganancias económicas inmediatas y crear un clima de fermento social que forzara al gobierno a permitir el retorno de Perón. Mediante el ataque a los símbolos y las instituciones en que la identidad peronista estaba enclavada, Aramburu y sus aliados generaron un clima de sitio y lucha que reforzó esa identidad y fortaleció a las comisiones internas de fábrica que encabezaron la Resistencia.⁹

A través de la emisión de propaganda antiperonista y sesgando las reglas de las elecciones sindicales, el gobierno trató de poner a las organizaciones formales del movimiento obrero bajo control no peronista. Pero también falló en alcanzar este objetivo. Cuando se llamó a nuevas elecciones sindicales en 1956 y 1957, los peronistas ganaron en la mayoría de los sindicatos industriales. Los no peronistas ganaron las secretarías nacionales de muchos sindicatos de los sectores de servicios y transporte, pero aun en esas organizaciones los peronistas retuvieron el control de muchas seccionales, y hacia 1960 ya habían recuperado el control de las secretarías nacionales de los importantes

sindicatos de empleados del estado y de obreros telefónicos. La decisión del gobierno de proscribir a la vieja guardia de dirigentes peronistas fue contraproducente. Debido a que muchos de los anteriores dirigentes se habían desacreditado por su disposición a aceptar las medidas de estabilización económica de los últimos años del gobierno peronista, la proscripción de la vieja guardia de dirigentes permitió a los trabajadores elegir una nueva tanda de dirigentes peronistas más respetados.¹⁰ La transición a una "nueva generación" de dirigentes sindicales peronistas no fue completa sin embargo. Un decreto de agosto de 1956 rehabilitó quizás a más de 92.000 sindicalistas proscritos,¹¹ y los cuatro líderes sindicales peronistas más importantes después de 1955 (Augusto Vandor, metalúrgico; Andrés Framini, textil; José Alonso, del vestido; y Amado Olmos, de sanidad) eran ya figuras prominentes mientras Perón era presidente.

De esos cuatro sindicalistas clave del período posterior a 1955, Vandor fue sin duda el más importante. Vandor nació en 1924 en una familia de inmigrantes holandeses apellidada Van Thorpe y creció en una estancia de propietarios británicos en Entre Ríos, donde completó la escuela primaria. En 1948, después de servir seis años en la Armada, Vandor comenzó a trabajar como maquinista en una fábrica de Buenos Aires perteneciente a la también holandesa compañía Philips, donde inició su carrera sindical como delegado de fábrica. Por cortejar a una compañera de trabajo a la que llamaban "Caperucita Roja", le pusieron el apodo que lo acompañaría el resto de su vida: "El Lobo". En 1954 Vandor se convirtió en secretario general de la seccional Capital de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), como resultado indirecto de una revuelta de las bases contra un dirigente que apoyaba los esfuerzos de Perón por poner topes salariales y desactivar a las comisiones de fábrica. Después del golpe de 1955 Vandor tuvo una activa participación en la Resistencia, ayudó a organizar una

importante huelga en la fábrica Philips en enero de 1956 y pasó varios meses en prisión durante ese mismo año.¹² A mediados de 1957 fue elegido secretario general de la UOM nacional, acompañado en puestos subalternos por Lorenzo Miguel, José Rucci, Paulino Niembro, Rosendo García y Vicente Armando Cabo. Dentro de este grupo, Vandor, Niembro y Cabo había tenido altos puestos sindicales antes de 1955.¹³

Los otros tres dirigentes eran aún más conocidos que Vandor antes de 1955. Andrés Framini, el principal antagonista de Vandor a comienzos de los 60, era una prominente figura de la Asociación Obrera Textil (AOT) ya a fines de los 40 y fue elegido secretario general de ese sindicato en 1953.¹⁴ José Alonso, secretario general de la CGT entre 1963 y 1966, participó en 1943 en la fundación de FONIVA, el sindicato de obreros de la industria del vestido, del que fue elegido secretario general en 1949. Durante la presidencia de Perón, Alonso fue miembro del Comité Central Confederal de la CGT, de la delegación enviada a la reunión anual de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, y del comité editorial de los diarios *La Prensa* y *El Líder*. En 1951 fue elegido diputado nacional y como tal participó de la elaboración de importantes leyes sobre negociación colectiva y seguridad social.¹⁵ Amado Olmos había sido fundador y uno de los primeros secretarios generales de la federación nacional de obreros de la sanidad y fue elegido diputado nacional en 1954.¹⁶

Los dirigentes sindicales posteriores a 1955 enfrentaban imperativos conflictivos. Mantener el apoyo de las bases significaba, por una parte, darles ganancias económicas y, por otra, obedecer las órdenes de Perón, que muchos trabajadores consideraban sacrosantas. Los dirigentes sindicales que pensaban que la mejor manera de obtener ganancias económicas era negociar, usando las huelgas principalmente como un instrumento de presión económica, enfrentaban un dilema cuando Perón los urgía a lanzar una lucha

total para crear las condiciones necesarias para su retorno a la Argentina. Este dilema era particularmente agudo para Vandor y otros dirigentes de sindicatos cuyo tamaño o posición estratégica hacían que la negociación fuese una estrategia particularmente atractiva. Fueron generalmente los dirigentes de sindicatos grandes y estratégicamente ubicados como los de metalúrgicos, carne, petróleo y choferes quienes optaron por negociar con los gobiernos contra los que Perón había declarado la guerra total, y quienes más rápidamente divergieron de Perón al desarrollar sus propios puntos de vista acerca del papel que el sindicalismo peronista debía jugar en la sociedad argentina.

El gobierno de Aramburu, como parte de su programa de "normalizar" a los sindicatos, reunió un congreso en mayo de 1957 para reemplazar a la intervención militar de la CGT con un secretariado normalmente elegido. Con la esperanza de que los no peronistas ganaran el control de la misma, el gobierno aprobó las cifras infladas de afiliados que habían presentado los sindicatos que ellos controlaban. Cuando los peronistas cuestionaron sus credenciales, los no peronistas se retiraron y formaron un grupo llamado de los "32 Gremios de la Mayoría Democrática". Los peronistas, junto con algunos dirigentes sindicales izquierdistas que quedaron en el congreso, formaron un grupo rival llamado las "62 Organizaciones", que contó a Augusto Vandor y Amado Olmos entre sus líderes iniciales. Cuando los izquierdistas abandonaron las 62 en diciembre de 1957, el grupo comenzó a considerarse sí mismo como "el brazo político del sindicalismo peronista". Las 62 sirvieron en adelante como el principal instrumento político de los sindicatos peronistas y como un importante punto de contacto entre los dirigentes sindicales peronistas, los políticos y Perón.¹⁷

El apoyo obrero a Perón había provenido principalmente desde abajo. El Partido Peronista, en cambio, fue creado desde arriba.¹⁸ Esta diferencia contribuye a explicar por qué el gobierno de Aramburu, que fracasó en sus esfuerzos

para erradicar la influencia peronista de los sindicatos, pudo proscribir al Partido Peronista con relativa facilidad. Proscribiendo al Partido Peronista y prohibiendo la formación de nuevos partidos bajo el control directo de Perón, el gobierno de Aramburu abrió el camino para el surgimiento de los partidos neoperonistas.¹⁹ Estos partidos aprobaban la doctrina y las políticas de Perón, pero no seguían sus directivas, ajustándose así al Estatuto de los Partidos Políticos de 1956. El gobierno de Aramburu toleró a los partidos neoperonistas en parte porque esperaba que ayudaran a fragmentar el voto peronista. La Unión Popular (UP), fundada en diciembre de 1955, estaba destinada a convertirse en el más importante y duradero de esos partidos. Fue inicialmente el más ortodoxo, ya que era el partido neoperonista más dispuesto a acatar los dictados de Perón. (Por ejemplo, mientras que varios partidos neoperonistas compitieron en las elecciones de convencionales de 1957, UP siguió las instrucciones de Perón de votar en blanco.) A comienzos de los 60, sin embargo, UP se transformó en el principal vehículo del desafío de Vandor a Perón.

Además de alentar a los partidos neoperonistas, las restricciones a la participación electoral del peronismo dividieron al principal partido no peronista, la Unión Cívica Radical (UCR). De un lado estaba dirigentes de la UCR como Arturo Frondizi, que comenzaron a cortejar al voto peronista tan pronto como Perón se fue al exilio. Frondizi estaba a favor de mantener las leyes sociales y laborales de Perón y denunciaba al gobierno de Aramburu como "antipopular". La otra facción de la UCR consistía de antiperonistas explícitos como Ricardo Balbín, que querían derogar parte de la legislación peronista y apoyaban la mayoría de los esfuerzos de Aramburu por desperonizar a la sociedad argentina.²⁰ En febrero de 1957 la UCR se dividió. La facción de Frondizi adoptó el nombre de Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), mientras que la facción decididamente antiperonista de Balbín el de Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).

Frondizi pronto concluyó que necesitaría el respaldo de Perón para ganar la presidencia. Para conseguirlo, aparentemente con su anuencia, uno de sus allegados acordó con el exiliado en enero de 1958 desistir de los cargos legales contra él, legalizar al Partido Peronista, adoptar políticas similares a las establecidas por Perón, y llamar a nuevas elecciones dentro de un plazo de dos años.²¹ El acuerdo con Frondizi fue el primer esfuerzo importante de Perón por frustrar la rutinización del peronismo. En un incipiente signo de rutinización, muchos dirigentes políticos y sindicales peronistas estaban a favor de competir en las elecciones de 1958 a través de los partidos neoperonistas.²² Al ordenar a sus seguidores que votaran por Frondizi, Perón buscaba impedir que los neoperonistas ganaran elecciones provinciales y adquirieran recursos de patronazgo. Los dirigentes sindicales peronistas, tradicionalmente recelosos de los políticos y todavía marcados por la orientación insurreccional de la Resistencia, se mostraron particularmente renuentes a apoyar a Frondizi.²³ Lo que pudo haberlos convencido de respaldar a la UCRI fue la actitud de Frondizi respecto de la legislación laboral de Perón, su compromiso de normalizar la CGT y su posición de apoyo a los dirigentes sindicales peronistas en su enfrentamiento con los sindicalistas autoproclamados "democráticos".²⁴ En este caso la orden de Perón de votar por Frondizi coincidía con los intereses materiales de los dirigentes sindicales peronistas.

El resultado de las elecciones mostró que la mayoría de los peronistas siguió las instrucciones de Perón. La UCRI obtuvo el 45% de los votos, más del doble de lo que había obtenido en las elecciones de julio de 1957. La UCRP consiguió solamente el 29%. Los votos en blanco, depositados principalmente por peronistas, contaron por un 9%, mientras que diez partidos neoperonistas obtuvieron en conjunto menos del 3%. El gobierno de Frondizi tuvo una luna de miel de tres meses con los peronistas. Concedió aumentos salariales, legalizó los símbolos peronistas

y derogó la interdicción de los dirigentes políticos y sindicales peronistas. Más importante, quizá, restauró las principales disposiciones de la Ley de Asociaciones Profesionales de 1945, que resultaban en un movimiento obrero centralizado, jerárquico y bien financiado. El 30 de diciembre de 1958, sin embargo, Frondizi, acosado por una crisis producida por la falta de divisas para afrontar los pagos externos, puso en práctica un estricto plan de austeridad y anunció la privatización de un frigorífico. Los obreros ocuparon el establecimiento y los dirigentes de las 62 llamaron a una huelga general de solidaridad. El gobierno trató con dureza a todo el movimiento obrero, arrestó a los principales dirigentes sindicales y reprimió las huelgas.

La derrota de la huelga general de enero de 1959 y la recesión que siguió iniciaron, como ha señalado Daniel James, un período de profundo cambio en el sindicalismo peronista. El plan de austeridad de Frondizi produjo una severa recesión y los trabajadores perdieron virtualmente todas las principales huelgas de 1959. A comienzos del año siguiente, muchos activistas sindicales se habían desmoralizado por la adversidad económica y la represión gubernamental. Las huelgas disminuyeron sensiblemente y los obreros metalúrgicos, textiles y de otros grandes sindicatos industriales fueron obligados a hacer concesiones respecto del control del lugar de trabajo y del proceso de producción. Estas concesiones, combinadas con el arresto y la inclusión en listas negras de los militantes de base, debilitó a las comisiones de fábrica y allanó el camino para la consolidación de estructuras de liderazgo sindical monolíticas.²⁵ La restablecida Ley de Asociaciones Profesionales, que permitía a los sindicatos de nivel nacional recuperar el reconocimiento institucional y la seguridad financiera de que habían gozado durante los años de Perón, también contribuyó a la transferencia de poder de las comisiones de fábrica a los secretariados nacionales.

Los dirigentes sindicales peronistas de nivel nacional, además de consolidar su poder en sus propias organizaciones, expandieron su influencia a expensas de los sindicalistas no peronistas. Hacia 1960 los principales sindicatos que todavía estaban fuera de las 62 —mercantiles, La Fraternidad, ferroviarios, Luz y Fuerza, construcción— estaban cooperando informalmente con los dirigentes peronistas.²⁶ Un acontecimiento, sin embargo, quebró la tendencia hacia la homogeneización política y la jerarquización interna: la aparición de facciones dentro de las 62. En años posteriores, cuando las esperanzas del retorno de Perón se apagaban y los dirigentes sindicales peronistas comenzaban a ejercer mayor influencia sobre los partidos neoperonistas, la lucha entre quienes estaba a favor y en contra de la rutinización del movimiento originó crecientes conflictos faccionales. Pero mientras Frondizi estaba en el gobierno, el principal tema que dividía a los dirigentes sindicales peronistas era si debían o no cooperar con su gobierno.

En un extremo del liderazgo sindical peronista estaban entonces los duros, que querían crear un clima de ingobernabilidad que obligara a los militares y al gobierno a permitir el retorno de Perón. Los duros pertenecían principalmente a sindicatos chicos con escaso poder de negociación frente a los empleadores o al estado. A pesar del tradicional anticomunismo del peronismo, los duros apoyaron un programa que reclamaba “expropiar a la oligarquía terrateniente” e “implantar el control obrero sobre la producción”.²⁷ Amado Olmos (sanidad), Roberto García (cuero), Jorge Di Pasquale (farmacia) y Ricardo De Luca (navales) se contaban entre los duros con mayores inclinaciones hacia la izquierda. Andrés Framini (textil) era otra importante figura de la línea dura, pero su asociación con ella derivaba de su lealtad personal a Perón —que apoyaba a los duros en su lucha contra los corrientes más conciliadoras (y más fuertes) del liderazgo sindical peronista—

más que de un compromiso con objetivos tales como expropiar la tierra o nacionalizar la industria.²⁸

En el otro extremo del espectro estaban los integracionistas, sindicalistas peronistas dispuestos a aceptar la invitación de Frondizi a "integrar" sus organizaciones en un nuevo movimiento político patrocinado por el estado. Dirigentes como Manuel Carulias (choferes), Eleuterio Cardoso (carne) y Pedro Gomis (petroleros del estado) se mostraban inclinados a cooperar con Frondizi, en parte porque temían que una oposición abierta a la política del gobierno resultara en la intervención de sus sindicatos y en parte también porque creían que el programa económico desarrollista —que subrayaba el papel de la industria pesada y del capital extranjero— volvía al tipo de política que Perón había sostenido hacia el final de su presidencia.²⁹ Por estar estrechamente ligado al proyecto de Frondizi, el sector no sobrevivió al golpe de 1962 que lo depuso.

El tercer grupo de dirigentes —el más importante— era la llamada corriente vadorista, por su principal representante, el metalúrgico Augusto Vador. Entre los más importantes sindicatos vadoristas de comienzos de los 60 se encontraban los metalúrgicos, gastronómicos, alimentación, vestido y vidrio. Los vadoristas, cuya consigna era "golpear y negociar", criticaban a los integracionistas por negarse a "golpear", es decir, por entregarse a los patrones y al gobierno a cambio de un trato preferencial para sus sindicatos. Por el otro lado, acusaban a los duros de traicionar el tradicional anticomunismo del peronismo al abogar por la revolución social. A pesar de sus críticas a las otras facciones, los vadoristas trabajaban estrechamente tanto con ellas, usando sus contactos con el grupo más conciliador para tener acceso a quienes tomaban decisiones en el estado y trabajando junto con prominentes representantes de la facción más combativa en la mesa ejecutiva de las 62.

Hasta donde tenían un programa social y económico identificable, los vadoristas proponían una versión nacio-

nalista y socialmente responsable de desarrollo capitalista no muy distinta de la propuesta por Frondizi. Enfatizando sus diferencias con los miembros de la línea dura que simpatizaban con la izquierda, los vadoristas buscaban presentarse ante el gobierno y las fuerzas armadas como una barrera contra el comunismo. Al mismo tiempo, los vadoristas empleaban grandes y bien organizadas huelgas para dar una imagen combativa, usando las tradiciones de la Resistencia para atraer a sindicalistas que preferían una postura más combativa. Su habilidad para trabajar tanto con los integracionistas como con los duros, sus estrechos contactos con dirigentes no peronistas o "no alineados" de sindicatos tales como mercantiles, Luz y Fuerza, ferroviarios y papeleros y su autopresentación ante las fuerzas armadas como una "barrera contra el comunismo" permitió a los vadoristas ocupar un lugar estratégico en el centro del movimiento obrero, desde el que podían organizar y coordinar la estrategia de todo el sindicalismo.³⁰

En el contexto de la rivalidad faccional dentro del sindicalismo peronista, la debilidad de los duros frente a los vadoristas los ayudó a ganar el respaldo de Perón. En su esfuerzo para impedir la rutinización del movimiento, Perón usualmente apoyaba a los duros contra la corriente vadorista, más conciliatoria pero más poderosa. Las opiniones de Perón acerca del tipo de transformación social adecuado para la Argentina estaban mucho más cerca de las de los vadoristas que de las de los duros, pero esta divergencia ideológica era oscurecida por el hecho de que Perón encontraba ventajoso favorecer a grupos e individuos cuyo status en el peronismo dependía excesivamente de su continuado apoyo personal. Los duros constituían uno de esos grupos, por lo que desde 1962 en adelante Perón comenzó a utilizarlos contra los vadoristas, especialmente después que el jefe metalúrgico comenzó a hacer incursiones en UP. Comenzando con su decisión de apoyar a Frondizi en 1958, Perón siempre modeló su estrategia electoral con vistas a

debilitar a los más poderosos de sus potenciales rivales por el liderazgo del movimiento peronista.

El conflicto entre Perón y Vandor se hizo más explícito a medida que se aproximaban las elecciones de diputados y gobernadores de 1962. Una coalición de partidos neoperonistas estaba planeando competir en las elecciones, abriendo el camino para que Vandor —con su amplia y bien ajustada organización, su legendaria habilidad para las negociaciones detrás de las cortinas y su probada capacidad para movilizar miles de obreros en unas pocas horas— extendiese su influencia sobre el ala política del peronismo. Cuando se acercaban las elecciones, los vandoristas acordaron prestar su poderosa maquinaria a UP a cambio de puestos clave en las listas de candidatos en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires. La perspectiva de un buen resultado para la UP dominada por Vandor puso a Perón en una posición difícil. Si las elecciones permitían a Vandor desplegar sus habilidades para movilizar votos y dispensar candidaturas, Perón bien podría comenzar a transitar un camino sin regreso hacia su conversión en una figura simbólica. El voto en blanco, por otra parte, privaría a Vandor de una dorada oportunidad de incrementar su poder y su prestigio.

Dada esta constelación de intereses, no sorprende que, a pocos meses de la elección, Vandor y sus aliados de las 62 comenzaran a escuchar rumores de que Perón estaba pensando ordenar a sus seguidores que votaran en blanco.³¹ Vandor y una delegación de dirigentes de las 62 viajaron a Madrid para tratar de convencer a Perón de que apoyara a UP.³² Aunque Vandor pensó que había tenido éxito, hechos posteriores sugirieron que Perón no estaba completamente comprometido con ese curso de acción. En enero de 1962 propuso a Andrés Framini, el duro y leal dirigente textil, como candidato a gobernador por UP y poco después se propuso a sí mismo como candidato a vicegobernador.³³ La decisión de Perón de proponerse como candidato para ese

cargo bien puede haber sido un intento de provocar la proscripción de todos los candidatos de UP, ya que se sabía que los militares no tolerarían su candidatura.³⁴ Si fue así, la táctica falló. Los militares vetaron la candidatura de Perón, pero permitieron que los otros candidatos de UP continuaran su campaña.

Superado el obstáculo de la candidatura de Perón, las 62 asumieron un control casi completo del proceso de selección de candidatos. Dejando de lado la costumbre de dar a cada rama del movimiento (sindical, masculina y femenina) el derecho a proponer un tercio de los candidatos, los sindicalistas demandaron la mitad de las candidaturas de la UP en Buenos Aires y Córdoba.³⁵ En Buenos Aires, se "acordó" que por cada seis candidatos seleccionados por las 62, Perón propondría dos, y que la rama femenina, la UP, el Partido Laborista (otro partido neoperonista) y el Partido Justicialista (un partido "ortodoxo" que operaba esporádicamente desde 1959, cuando su solicitud de reconocimiento legal fue denegada) propondrían uno cada uno.³⁶ En la capital, los primeros cinco lugares de la lista de candidatos a diputados nacionales por la UP fueron cubiertos por sindicalistas, siendo el primero Paulino Niembro, que encabezaba la seccional capital de la UOM y era un estrecho aliado de Vandor.³⁷ UP hizo una activa campaña en la provincia de Buenos Aires, financiada y dirigida principalmente por los sindicatos y sobre todo por la UOM.³⁸ La campaña fue exitosa, y para las Fuerzas Armadas, demasiado exitosa. UP ganó la gobernación de Buenos Aires con 37% del voto contra 23% de la UCRI, su más cercano rival. En el resultado final de todo el país UP obtuvo 17% del voto y el resto de los partidos neoperonistas agrupados en el Frente Justicialista obtuvieron en conjunto un 15% más. Este resultado combinado de 32% del voto nacional excedía el 25% de la UCRI y el 20% de la UCRP. Los candidatos peronistas victoriosos no pudieron, sin embargo, asumir sus cargos. El 29 de marzo de 1962 Frondizi fue

depuesto por un golpe militar desencadenado por el éxito electoral peronista.

La presidencia pasó a manos de José María Guido, presidente provisional del Senado, ya que el vicepresidente de Frondizi, Alejandro Gómez, había renunciado en 1959 y no había sido reemplazado. Los militares, sin embargo, fueron el poder real detrás de Guido durante sus quince meses en la presidencia. Era obvio que las fuerzas armadas no tolerarían compromiso alguno con Perón, por lo que los sectores del peronismo que necesitaban o asignaban valor al acceso al estado comenzaron a distanciarse del líder exiliado. Señalando una nueva etapa en la rutinización del peronismo, políticos peronistas anteriormente "ortodoxos", como Oscar Albrieu y Alejandro Leloir, comenzaron a crear nuevos partidos neoperonistas,³⁹ y los neoperonistas veteranos consolidaron su fuerza en Jujuy, Neuquén, Chaco y otras provincias del interior. Vandor se unió a los políticos peronistas en la proyección de una imagen moderada de sí mismo y de sus seguidores, manteniendo entrevistas con miembros de la Iglesia, dirigentes de partidos no peronistas, y aun con el embajador norteamericano.⁴⁰

No todos los sectores del peronismo se apartaron de Perón o trataron de presentarse como moderados. Framini, cuya figura se oscurecía ante la de Vandor, recurrió a una estrecha asociación con Perón como su principal recurso de poder. Perón y Framini tenían una relación simbiótica: Perón ayudaba a Framini a mantener una base de poder en los sindicatos, mientras que Framini ayudaba a Perón a rechazar la presión de Vandor y los políticos neoperonistas por la rutinización. Como Framini mismo lo dijo:

Yo representaba esa especie de anticuerpo que creaba Perón cuando quería impedir que alguno volara demasiado alto: era el anticuerpo del vandorismo. Representaba masa, representaba trabajadores, porque yo era bastante apoyado por la gente de trabajo, pero no le podía ofrecer nada a Perón, porque la masa él ya la

tenía. Lo que debía cuidar Peron [era] el nivel de dirigentes, sobre todo de dirigentes sindicales y de los gremios principales, que estaban con Vandor. Tenía que evitar que se le escaparan.⁴¹

Lejos de mostrar al peronismo menos obediente a Perón y más moderado que en el pasado, Framini desató una ola de ataques al gobierno, hizo publicitadas visitas a Madrid para consultar a Perón y propagó el temor en los sectores conservadores de que el peronismo estuviese dando un "giro a la izquierda". En julio de 1962, Framini y Olmos organizaron un plenario de las 62 en Huerta Grande, donde se adoptó un programa que reclamaba transformaciones sociales profundas, tales como el control obrero sobre la producción, la nacionalización de las industrias básicas y la expropiación sin compensación de la oligarquía rural.⁴² Según Framini, Perón ordenó el "giro a la izquierda" que se manifestó en ese programa.⁴³ Debido a que los objetivos del programa estaban mucho más a la izquierda de cuanto Perón había sostenido previamente, parece razonable aceptar la conclusión de Lamadrid de que el "giro a la izquierda" fue mucho más un esfuerzo por frustrar la creciente independencia de Vandor que la expresión de un compromiso real de Perón de llevar a la Argentina hacia el socialismo.⁴⁴ Una vez más la tolerancia de Perón —y aun su aliento— a la izquierda de su movimiento sirvió para contrarrestar la fuerza de sectores potencialmente más autónomos cuya creciente prominencia amenazaba hacer de él una figura simbólica.

En marzo de 1963 la justicia electoral premió la moderación de los neoperonistas y vandoristas al resolver que UP podía participar de las elecciones presidenciales de julio de 1963. Esta vez el partido neoperonista formó una coalición, el Frente Nacional y Popular (FNP), con la UCRI y varios partidos menores. La postura conciliatoria de Vandor y de los políticos neoperonistas facilitó la decisión de permitir que UP participara, pero igualmente importante fue la posición tomada por la facción "legalista" del

ejército. Muchos legalistas esperaban que la participación de partidos neoperonistas facilitara la incorporación de los seguidores de Perón al sistema político, mientras erosionaban su influencia personal y, en las palabras del teniente general Benjamín Rattenbach, evitaban "que una gran parte del justicialismo gire a la izquierda, hacia el comunismo".⁴⁵ Como consecuencia de la Revolución Cubana, esta última consideración se había tornado particularmente aguda. Rattenbach enfatizó que "el ejército hace una distinción entre peronismo —un grupo de hombres adictos a Perón— y el justicialismo —un cuerpo de ideas sostenidas por hombres por quien el ejército tiene gran afecto y que deben participar en la vida política argentina—".⁴⁶

Perón no fue dejado de lado tan fácilmente. En mayo de 1963 anunció que apoyaría a Vicente Solano Lima, que encabezaba el diminuto Partido Conservador Popular (PCP), como candidato a la presidencia por el FNP. Era la suposición corriente que Perón había elegido a Lima porque si llegaba a ser elegido estaría enteramente obligado con él y no constituiría un rival por el control del movimiento peronista.⁴⁷ Las 62 no querían apoyar a Lima, un conservador desprovisto de vínculos con el movimiento obrero e identificado con el fraude y la proscripción de la década de 1930.⁴⁸ Pero sin mejor alternativa, y con Perón habiendo hecho pública su preferencia, las 62 envió 300 delegados a las provincias del interior para recabar apoyo para el candidato del Frente.⁴⁹ Sus esfuerzos fueron vanos. Lima había anunciado que si era elegido permitiría el regreso de Perón a la Argentina, por lo que dos semanas antes de las elecciones su candidatura fue prohibida. Perón, las 62 y los dirigentes de UP llamaron a votar en blanco, permitiendo que Arturo Illia, de la UCRP, ganara la presidencia con un escaso 25% del voto.⁵⁰ Los votos en blanco contaron por el 19% y la UCRI, cuya facción mayoritaria había dejado el FNP tras la nominación de Lima, alcanzó

el 16%. Los partidos que apoyaban la candidatura de Aramburu obtuvieron el 14% y ningún otro partido consiguió más del 5%. Contradiciendo las órdenes de Perón, varios partidos neoperonistas (pero no UP) participaron en las elecciones, consiguiendo poco más del 3% del voto para electores presidenciales y, lo que no tenía precedente, un 7% del voto para diputados nacionales.

Durante los gobiernos de Frondizi y de Guido el peronismo comenzó el proceso de rutinización. Las maquinarias políticas neoperonistas comenzaron a atrincherarse en las provincias del interior, Vandor cobró impulso en los sindicatos y la posibilidad de que Perón retornase se hacía cada vez más remota. Cuando Illia asumió la presidencia estas acciones habían comenzado a dejar sin efecto las justificaciones que se habían dado de las restricciones electorales al peronismo. El surgimiento de un partido neoperonista liderado por sindicalistas anticomunistas que alabaran de la boca para afuera a Perón se correspondía muy bien con las principales preocupaciones de los antiperonistas: prohibir que Perón se reintegrara a la política argentina; impedir que los sindicatos, después de la Revolución Cubana, giraran a la izquierda y preservar la cohesión de las instituciones militares reduciendo las tensiones entre los antiperonistas blandos y duros. Al fin y al cabo no fueron los antiperonistas quienes impidieron la rutinización del movimiento, sino Perón y dirigentes políticos y sindicales peronistas celosos del ascenso de Vandor.

II. El proyecto de Vandor

Durante la presidencia de Arturo Illia (1963-1966) los dirigentes sindicales peronistas y los políticos neoperonistas trataron de organizar un partido político que representara al peronismo sin Perón. A la cabeza de esta iniciativa estuvo Augusto Vandor. Su proyecto expresó la tensión latente entre los dirigentes sindicales, que querían un acceso

autónomo al estado, y Perón, que quería mantener el control sobre sus seguidores. En este sentido, la iniciativa de Vandor recuerda la lucha de Cipriano Reyes contra la orden de Perón de disolver el Partido Laborista (1946), la resistencia de Luis Gay a los esfuerzos de Perón por instalar un secretario general más manipulable en la CGT (1947) y el surgimiento de dirigentes sindicales más independientes —incluidos Framini y Vandor— en los últimos años de la presidencia de Perón (1953-1955). El proyecto de Vandor se distinguió de esos anteriores desafíos en que llegó mucho más lejos que todos ellos antes de fracasar. Esto se debió en parte a que Vandor había ganado un poder sin precedentes en el movimiento obrero y en parte a que hacia 1963 muchos peronistas habían llegado a dudar de la capacidad de Perón —y aun de su voluntad— de retornar a la Argentina.⁵¹

Detrás del avance de Vandor sobre la rama política del peronismo estaba el aflojamiento de las restricciones electoral al movimiento. Algunos líderes militares, como el general Rattenbach, estaban ablandando su posición y a comienzos de 1964 la mayoría de los dirigentes de la UCRP estaba en favor de relajar la proscripción del peronismo.⁵² El fin de la proscripción no favorecía los intereses de Perón, ya que multiplicaría los recursos de patronazgo a disposición de Vandor y de los políticos neoperonistas. En consecuencia, como si intentara provocar una nueva proscripción, Perón trató de que el peronismo pareciera lo más extremista posible. En setiembre de 1963 encargó a Framini y a dos políticos ligados a Héctor Villalón, una oscura figura identificada con la extrema izquierda del peronismo, la reorganización del Partido Justicialista (PJ), la sigla partidaria del peronismo ortodoxo. Esas designaciones, obviamente, no estaban dirigidas a aliviar las preocupaciones de los antiperonistas acerca del giro a la izquierda, y suelen ser interpretadas como un intento de provocar la proscripción del partido en un momento propicio para su admisión en la arena electoral.

El ardid de Perón falló. Cuando Villalón aludió desdeñosamente al liderazgo de la UOM, Vandor retiró su sindicato de las 62 y pidió a Perón que expulsara a los partidarios de aquél de la Junta Reorganizadora del PJ. Como el desafío de Vandor estaba todavía disimulado por términos elípticos y su apoyo organizativo era necesario para Perón, éste aceptó reemplazar a los dos partidarios de Villalón por dos sindicalistas y tres políticos aliados a Vandor. Con el objeto manifiesto de adaptarse a la legislación que requería la democracia interna en el partido, la nueva comisión reorganizadora dominada por los vandoristas —llamada el "heptunvirato"—, anunció su intención de reconstruir el PJ "de abajo hacia arriba", privando a Perón de toda participación en la selección de los dirigentes partidarios. Se llevó a cabo un proceso de afiliación y en junio de 1964 hubo elecciones internas de delegados a un congreso donde se elegirían los dirigentes partidarios. Vandor y Framini apoyaron a distintas listas de delegados y el primero obtuvo una victoria decisiva. Aunque Perón fue aclamado como titular del PJ, el control diario del partido recayó en Alberto Iturbe, un político aliado a Vandor.⁵³ Tal como señaló un semanario, las elecciones internas indirectas del PJ mostraron que

Augusto Vandor consiguió lo que parecía imposible: crear un verdadero partido obrero, de ideología no clasista, respetuoso de la legalidad, y situarse en una posición casi inquebrantable para el día en que Perón, de grado o no, ceda la dirección del justicialismo. Al revés de lo que ocurrió cuando Framini estaba en la primera línea, las ramas política y femenina —"ablandadas" por Vandor— parecen aceptar sin reservas la hegemonía sindical en la composición de las listas".⁵⁴

Mientras avanzaba en la esfera política, también en el campo sindical Vandor seguía ganando terreno a Framini, su principal oponente. La rivalidad entre Vandor y Framini era implícitamente una disputa entre Vandor y Perón, a

quien Framini era incondicionalmente leal. La inminente victoria de Vandor en esa lucha se hizo evidente en diciembre de 1963, cuando el candidato que él apoyaba derrotó al de Framini en la elección del sindicato de la carne, a pesar de tener este último el respaldo explícito de Perón. Poco meses después, los partidarios de Vandor eliminaron a los de Framini de la mesa ejecutiva de las 62.⁵⁵

El poder de la UOM era el recurso más importante de que disponía Vandor en su lucha con Framini y para su elevación a la cumbre del movimiento obrero argentino. El poder de un sindicato en relación con el de los otros en el mismo movimiento obrero depende 1) de su capacidad de movilización y 2) de la significación social de su movilización. En cuanto a su capacidad de movilización la UOM de Vandor era claramente superior a la AOT de Framini: tenía mayores recursos financieros, una organización más centralizada y menos disputas internas por el liderazgo. En cuanto a la significación social de su movilización, la de la UOM era también superior: tenía mayor cantidad de afiliados en 1966 (126.000 frente a 101.000 de la AOT), más trabajadores cubiertos por sus contratos colectivos (275.000 contra 140.000 de la AOT) y posición más estratégica en la economía.⁵⁶ Los incomparables recursos de la UOM permitieron a Vandor instrumentar victorias para sus favoritos en otros sindicatos, ayudándole de este modo a ganar el control de las 62. Tal como lo señaló uno de sus contemporáneos: "Vandor tenía mucho peso: muchos dirigentes de otros sindicatos eran creación suya. Cuando había elecciones en sus sindicatos, él les daba todo el apoyo que necesitaban: dinero, propaganda, autos, carteles, etc. Y ellos ganaban".⁵⁷

No sólo el poderío de su sindicato sino también las características personales de Vandor contribuyeron a su ascenso dentro del movimiento obrero. Aunque casi nunca hablaba en público e inspiraba escasa devoción en los trabajadores que no eran de su sindicato, Vandor tenía la

imagen de un dirigente poderoso, basada en su legendaria habilidad para negociar, armar alianzas y obtener concesiones actuando detrás de la cortina.⁵⁸ Aun Framini lo veía como "el dirigente gremial de gabinete más lúcido que yo conocí".⁵⁹ Vandor se consideraba un serio estudioso de las técnicas de liderazgo. A un periodista le dijo que sólo leía libros acerca de grandes líderes: "No me interesan sus ideologías sino la mecánica de la conducción, se llamen Churchill, Mussolini, Zapata o Clemenceau". Vandor actuaba cuidadosa y deliberadamente. Aunque sabía que 1.100 de los 1.200 directivos de la UOM le respondían, pasaba horas analizando la estrategia con sus colaboradores antes de cada reunión de su sindicato. La capacidad de la UOM de movilizarse en el acto era una fuente de orgullo para Vandor: "Si para movilizar a un gremio hace falta una acción previa de diez días, es evidente que no hay conducción gremial. Nosotros estamos en condiciones de movilizar a los 300.000 metalúrgicos de todo el país en sólo una hora".⁶⁰

La reputación de Vandor como líder poderoso también estaba basada en prácticas menos agradables. La UOM tenía disidentes, pero poco podían hacer ellos contra Vandor, que usaba varias técnicas para reducir el espacio de la oposición. Vandor y sus aliados eran acusados de connivencia con los empleadores para lograr que los disidentes fuesen echados de sus puestos de trabajo y la dirigencia nacional de la UOM tenía amplios poderes para reemplazar a los dirigentes locales recalcitrantes con sus propios interventores. Por otra parte, las elecciones de la UOM frecuentemente incluían prácticas tales como el voto de trabajadores no habilitados, el relleno de urnas con votos no depositados por los votantes, la súbita expulsión de sus puestos de trabajo de los militantes de la oposición, el uso de fondos sindicales para financiar la campaña de los directivos que estaban en sus cargos y el nombramiento en las juntas electorales de esos mismos dirigentes.⁶¹ Tales abusos

mantenían baja la participación electoral en la UOM. En 1965, en la seccional Capital, sólo votó el 27% de quienes estaban habilitados para hacerlo, frente a un promedio nacional del 49% para todos los sindicatos.⁶²

Vandor también usaba la violencia y la intimidación para mantener el control de su sindicato. Tales métodos no eran ciertamente de propiedad exclusiva de la UOM, pero en ningún otro sindicato eran tan conspicuos. Para asegurarse de que las deliberaciones de las asambleas no presentarían problemas, Vandor y sus colaboradores organizaron barras bravas, que acallaban el disenso a cambio de una comida, unos tragos y una noche de camaradería. De un modo más siniestro, Vandor reclutó un "aparato" de guardaespaldas y "pesados", integrado por criminales y ex comandos de la Resistencia.⁶³ A mediados de los 60, Vandor contaba con la protección de unos cuarenta de tales individuos.⁶⁴ Quizás el miembro más famoso de ese aparato era el antiguo dirigente de la UOM Armando Cabo. Descripto sucintamente por Norberto Imbelloni, uno de sus más estrechos colaboradores, como "un hombre que sabe tirar muy bien", Cabo estuvo en el café de Avellaneda donde tres miembros de la UOM fueron asesinados en mayo de 1966, aunque nunca se pudo determinar quién baleó a quien en ese incidente.⁶⁵

Un hecho decisivo en el ascenso de Vandor hacia la cumbre del sindicalismo argentino fue la campaña de ocupaciones fabriles de mayo y junio de 1964.⁶⁶ Durante ocho días diferentes a lo largo de un mes, los trabajadores ocuparon miles de fábricas en todo el país, tomando como rehenes a patronos, gerentes y personal administrativo. Aunque sus dimensiones fueron burdamente exageradas por la CGT, la campaña fue ciertamente una enorme demostración del poder sindical.⁶⁷ El destinatario de la campaña no eran los dueños de las fábricas sino el gobierno de Illia. Como los dueños se dieron cuenta de que no eran el blanco de las ocupaciones y como ellos mismos también estaban insatis-

fechos con lo que creían era un ritmo lento del gobierno para enfrentar los problemas fundamentales del país, no es demasiado sorprendente que tomaran casi festivamente lo que por su forma, si no por su contenido, era una de las insurrecciones proletarias más amplias en la historia de América latina. Mientras se estaba desarrollando el plan, el presidente de la Unión Industrial Argentina manifestó que "nuestras relaciones con nuestros trabajadores nunca fueron mejores que ahora". Un ejecutivo informó que algunos dueños y gerentes habían dado comida a los trabajadores que ocupaban sus fábricas y otros manifestaron confidencialmente que los habían ayudado a llevar a cabo las tomas.⁶⁸

Aunque el objetivo manifiesto del plan de lucha era convencer al gobierno de que cumpliera con algunas demandas relativamente moderadas (control de precios, aumentos de las jubilaciones y del salario mínimo, derogación de las restricciones para la participación electoral del peronismo, etc.), se ha argumentado que el plan tenía el fin de provocar la intervención militar.⁶⁹ Sin embargo, la mayoría de los dirigentes de las 62 negaron que estuviese dirigido a provocar un golpe y el peso de la evidencia sugiere un objetivo más modesto: demostrar al gobierno de Illia que las instituciones tenían que ser reformadas para dar a la CGT una participación permanente en la elaboración de las medidas políticas.⁷⁰ Entonces, si llegaba a haber un golpe —con o sin el consentimiento o connivencia de los dirigentes sindicales peronistas y debido o no al fracaso del gobierno en crear tales instituciones— las fuerzas armadas, por haber sido testigo del plan de lucha, habrían recibido similar mensaje. De todas maneras, las tomas de fábricas claramente disminuyeron la autoridad del gobierno de Illia, que era escasa desde el principio por haber sido elegido por un bajo porcentaje de votos en el contexto de la proscripción del peronismo.

El plan de lucha debilitó al gobierno de Illia mientras que elevó notablemente la figura de Vandor en el movi-

miento peronista. El líder metalúrgico fue claramente quien condujo el plan de lucha, que fue llevado a cabo de una manera similar a la usada normalmente por la UOM en sus huelgas nacionales.⁷¹ Según un dirigente sindical cercano al dirigente metalúrgico, el plan representó 'el auge del reinado de Vandor', y varios autores han sostenido que representó un exitoso esfuerzo de Vandor por alcanzar mayor independencia de Perón.⁷² Enfrentado por la creciente prominencia de Vandor, Perón se atrincheró. El 2 de diciembre de 1964 trató de recuperar su lugar en el centro de la escena retornando a Buenos Aires. Cuando respondiendo a un pedido del gobierno de Illia las autoridades brasileñas lo enviaron nuevamente a Madrid, Perón ordenó a sus seguidores lanzar "la guerra integral [al gobierno] por todos los medios y en todo momento". Vandor y sus aliados lanzaron su versión de la "guerra integral" resolviendo apoyar la participación de candidatos peronistas en las elecciones de diputados nacionales que debían realizarse en marzo de 1965.⁷³ El retorno de Perón a Madrid parecía demostrar que nunca se le permitiría reasumir un papel activo en la vida política argentina. Algún tipo de "peronismo sin Perón" resultaba entonces inevitable. El comentario de Vandor ante el fracaso del Operativo Retorno, según se dijo, fue: "Adiós a las armas; ha sonado la hora de los comicios".⁷⁴

En febrero de 1965 la justicia electoral prohibió al Partido Justicialista, argumentando que todavía estaba controlado por Perón.⁷⁵ Vandor respondió emigrando a UP, a la que prestó su aparato electoral a cambio de los principales puestos en las listas de candidatos. Al igual que en 1962, Perón enfrentaba un hecho consumado y no tenía más opción que impartir su tardía bendición a esa estrategia. Jorge Antonio, siempre cercano a Perón, explicó forzosamente que Perón veía la participación en las próximas elecciones como una de las "formas de lucha" que había ordenado cuando el gobierno de Illia impidió su retorno.⁷⁶ Una vez

más, la campaña de UP fue organizada y financiada principalmente por las 62. Sindicalistas cercanos a Vandor ocuparon los primeros puestos en las listas de candidatos a diputados nacionales de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires,⁷⁷ y las 62, entonces completamente bajo el control de Vandor, también decidieron quiénes serían los candidatos de la rama política.⁷⁸ El 14 de marzo de 1965, UP obtuvo el 31% del voto nacional; la gobernante UCRP, 30%; y otros partidos neoperonistas, 7% (ningún otro partido obtuvo un porcentaje mayor que esta cifra).⁷⁹ El éxito de UP parecía sugerir que el futuro electoral del peronismo dependía entonces tanto del apoyo de las masas a Perón cuanto de la organización de Vandor.

Las elecciones de marzo de 1965 fueron un punto de inflexión en la lucha crecientemente explícita entre Vandor y Perón sobre la rutinización del movimiento peronista. El avance de Vandor sobre la rama política del peronismo fue subrayado por la elección de Paulino Niembro, su aliado de la UOM, como presidente del bloque de diputados peronistas.⁸⁰ Muchos dirigentes peronistas no estaban conformes con este cambio en la balanza de fuerzas, por lo que después de las elecciones varios políticos del recientemente prohibido PJ exigieron que los aliados de Vandor renunciaran a la dirigencia del partido. Tal como lo dijo uno de ellos: "No es posible que Perón siga poniendo los votos, Unión Popular su sigla y Augusto Vandor los candidatos".⁸¹ Por el lado de los sindicatos, José Alonso, cuyo nombramiento como secretario general de la CGT había sido orquestado por Vandor en 1963, escribió una serie de artículos y documentos criticando duramente al gobierno de Illia, alabando el talento organizativo de las fuerzas armadas y desdeñando la capacidad de los partidos políticos —sin exceptuar al PJ o a UP— para resolver los problemas del país.⁸²

Mientras Alonso ponía su esperanza en un gobierno militar que compartiera el poder con la CGT,⁸³ Vandor

imaginaba un partido político legal, unificado, dominado por los sindicatos e independiente de Perón. Con este fin propuso en julio de 1965 que UP se uniera bajo una sola denominación con otros ocho partidos neoperonistas. Adelantándose a una propuesta del peronismo renovador en 1987, la carta orgánica del nuevo partido reemplazaba el sistema de tercios para cada rama por elecciones internas directas o indirectas.⁸⁴ En realidad, los candidatos peronistas nunca había sido elegidos de acuerdo con aquel sistema: nunca un tercio de los diputados peronistas habían sido mujeres y los sindicalistas a menudo elegían los candidatos de la rama política. La propuesta de Vandor de eliminar el sistema de tercios, sin embargo, era un desafío simbólico al carácter del peronismo como un "movimiento" corporativo compuesto por las ramas masculina, femenina y gremial —una estructura que facilitaba la habilidad de Perón de mantener su liderazgo mediante el enfrentamiento de las diferentes ramas entre sí—. La respuesta de Perón fue enviar a su esposa, Isabel, a la Argentina en octubre de 1965 en una misión de "paz y conciliación", cuyo real propósito era torpedear el proyecto de Vandor. Para frustrar el ardid de Perón, Gerónimo Izzetta y Ramón Elorza, dos de los más cercanos aliados de Vandor, se ofrecieron para acompañar a Isabel en su gira por el interior, durante la cual el grupo gozó de la "protección" de un docena de los guardaespaldas de Vandor. Por la presencia de tales compañeros de viaje no sorprende que Isabel haya recibido tan pocas promesas de apoyo de los dirigentes peronistas locales.⁸⁵

El conflicto abierto entre Perón y Vandor estalló pocas semanas después de la llegada de Isabel. El 21 de octubre de 1965, 220 delegados de las 62, el PJ y los partidos neoperonistas se reunieron en un local sindical de Avellaneda para ratificar una declaración, conocida más tarde como la Proclama de Avellaneda, denunciando un supuesto pacto entre funcionarios del gobierno y quienes invocaban una "inexistente representación" del peronis-

mo. Los aliados de Vandor acusaron a Jorge Antonio, que por entonces servía como una especie de secretario y asesor financiero de Perón, de haber hecho un trato secreto con el gobierno de Illia por el que Antonio fomentaría la rebelión contra Vandor, dividiría al peronismo y reduciría su poder electoral a cambio de que el gobierno descongelara sus cuentas bancarias. La Proclama de Avellaneda también incluía una crítica oblicua de Isabel: expresaba simpatía "por la misión de paz y conciliación que realiza la señora Isabel Martínez de Perón", pero subraya al mismo tiempo la "devoción" que los signatarios del documento sentían por "la figura insustituible de Eva Perón". Respecto del proyecto partidario de Vandor, el documento reafirmaba el compromiso de "promover la inmediata institucionalización del Movimiento" en la forma de un partido político organizado "de abajo hacia arriba en un limpio proceso democrático interno". Tal como el semanario *Primera Plana* comentó: "ni un átomo de la decisión política quedaría en manos de él [Perón] si un grupo de jefes instituidos de manera legal, por comicios internos, comandara el partido".⁸⁶

Al negarse a reconocer el derecho de Perón a negociar independientemente con el gobierno, al hacer una velada pero insidiosa distinción entre Isabel y Eva Perón y al anunciar su intención de crear un partido político "desde abajo hacia arriba", Vandor había llegado a un punto en que la ruptura explícita con Perón no estaba lejos. Al preguntársele si pensaba declarar su independencia del exiliado líder, se dice que Vandor dijo: "hay que estar contra Perón para salvar a Perón". Aunque Vandor negó haber pronunciado jamás tales palabras,⁸⁷ sus enemigos políticos y sindicales invocarían repetidamente esta expresión en contra de él. De todas maneras, la Proclama de Avellaneda provocó una inmediata respuesta de Perón. En una carta al general retirado Arnaldo Sosa Molina, Perón se refirió a Vandor como un "ambicioso incorregible que

desea llegar hasta donde su capacidad no permite".⁸⁸ En una carta a Framini, Perón lanzó una hiriente condena de Vandor y sus aliados:

Aunque estos pajaritos de polenta se crean muy vivos, no se percatan que están labrando su propia desgracia; estos papanatas creen que me estoy muriendo y ya comienzan a disputarse mi ropa, pero todavía tengo fuerzas para formar un nuevo movimiento peronista si es preciso. Veremos cuántos se quedan con ellos, entonces.⁸⁹

Framini planeaba leer la carta en voz alta en un plenario de las 62. El líder textil había experimentado prisión y los azares de la Resistencia, pero endurecido como estaba, Vandor podía intimidarlo. Según un sindicalista cercano a Framini la reunión se realizó pero la carta no fue leída:

"Vandor, además de su organización [la UOM], tenía una personalidad más fuerte [que Framini]. Era un tipo más duro. Yo estuve en el gran plenario de las 62... en los últimos meses de 1965, después de la reunión de Avellaneda. Esto era cuando Perón había dado instrucciones en una carta de desafiar el liderazgo de Vandor. El dijo: "Vandor es el más leal de quienes me han traicionado". Alonso y Framini estaban allí. Olmos estaba con nosotros, en minoría. Los principales dirigentes de las 62 se reunieron: Framini, Gallo de FOETRA, Alonso, Racchini, Izzetta, Santillán de FOTIA, Coria... Cuando salieron, se sentaron en la mesa. Era el momento de leer la carta que Perón le había mandado a Framini. Framini y Vandor estaban allí. Vandor le dijo a Framini: "Bueno, el plenario ha empezado ¿tenés algo que decir?" Framini iba a decir algo, pero se calló. Al lado mío estaba Sánchez, el dirigente de la FOTIA. Se levantó y Vandor le dijo: "¿Qué quiere, amigo?" Sánchez se sentó nuevamente sin decir nada de lo que nos había dicho que iba a decir. Y del otro lado, Loholaberry, el secretario general adjunto de los textiles, dijo: "Pido la

palabra". Vandor se levantó y caminó hacia él, parándosele justo al lado. "¿Qué ibas a decir?" "No, no, no quiero hablar". Y así terminó el plenario.⁹⁰

La Proclama de Avellaneda agudizó la polarización dentro del peronismo y llevó a un realineamiento de la dirigencia sindical peronista. Amado Olmos, que representaba el "ala izquierda" del vandorismo, había abogado por la formación de un "partido obrero", tras la Proclama de Avellaneda se opuso al proyecto partidario de Vandor. "No estoy de acuerdo con el *gran partido*, no estoy de acuerdo con seguir pugnando por las gobernaciones", anunció Olmos. De acuerdo con lo informado por un semanario, Olmos se oponía a ese partido porque pensaba que marginaba completamente a Perón y porque los neoperonistas, históricamente el sector más conservador del movimiento, jugarían un papel clave en la nueva organización.⁹¹ La descripción de Olmos, acompañada de la creciente independencia de Alonso y la oposición cada vez más explícita de Perón, hizo más precaria la posición de Vandor. Sin embargo aún controlaba la UOM, el sindicato más poderoso del país; las 62, de las que había sido reelegido secretario general en noviembre de 1965; y la CGT, de la que pronto erradicaría a Alonso (cuyo nombramiento él había arreglado en 1963). Además, la mayoría de los legisladores peronistas debían sus bancas a Vandor, que retenía su influencia en el fantasmal PJ y en la UP. En consecuencia, dentro de la dirigencia peronista había un delicado equilibrio de fuerzas. La lucha entre Vandor y Perón se resolvería en última instancia a través de las urnas por el voto de las bases peronistas.

La primera prueba pública del intento de Vandor de capturar a la rama política del peronismo se dio en enero de 1966, cuando se llevaron a cabo elecciones de gobernador en Jujuy. Vandor apoyó a José Humberto Martiarena, entonces gobernador de la provincia y líder del neoperonista Partido Blanco de los Trabajadores. Perón respaldó a José

Nasif, líder provincial del PJ (al que se le había permitido presentar candidatos en esa provincia). El 30 de enero de 1966, Martiarena fue reelecto con 46.000 votos y Nasif recibió sólo 4.000.⁹² El resultado de la elección fue considerado como una victoria para Vandor y una derrota para Perón. Mariano Grondona se refirió después a la elección de Jujuy como "la etapa inicial de la lucha" entre Vandor y Perón y argumentó que "Jujuy, con la derrota del candidato de Perón y con la victoria de Martiarena, demostró que el carisma, sin organización, nada puede contra la estructura".⁹³ El triunfo de Martiarena, sin embargo, no fue interpretada como una victoria decisiva de Vandor sobre Perón. Se veía a Jujuy como un caso especial: una provincia de población mayoritariamente rural, económicamente subdesarrollada, escasamente poblada y espacialmente aislada de los principales distritos electorales del país. Además, Martiarena pertenecía a la familia que tradicionalmente había dominado a la provincia y Perón no había hecho demasiada campaña por el candidato derrotado. La real prueba de fuerza se produciría tres meses más tarde, cuando Vandor y Perón apoyaran a candidatos rivales para la gobernación de Mendoza. Por entonces, gran parte de la dirigencia sindical peronista se había rebelado contra Vandor.

III. La elección de gobernador de Mendoza de 1966

La rebelión estalló el 18 de enero de 1966, cuando Framini, Olmos, Alonso y varios prominentes sindicalistas de la línea dura publicaron una solicitada titulada "De pie junto a Perón". Sin referirse al líder metalúrgico por su nombre, la solicitada denunciaba a Vandor por desafiar el liderazgo de Perón: "Nadie que se diga peronista puede seriamente afirmar... que es necesario "estar contra Perón para salvar a Perón"... Quienes piensan que ha llegado el momento de desobedecer a Perón y de dejarse llevar por sus

ambiciones personales para formar su propia organización política ¿quiénes se creen que son?"⁹⁴

La solicitada concluía apoyando el liderazgo de Perón y a Isabel como su representante personal. Vandor inmediatamente expulsó a los firmantes de las 62, tras lo cual los disidentes formaron sus propias 62 y, el 1º de febrero de 1966, expulsaron a Vandor por "distorsionar... la doctrina peronista, por negarse a reconocer a Juan Perón como Jefe del Movimiento y por tratar de erigirse en jefe él mismo".⁹⁵ Alonso agregó su propia crítica, acusando a Vandor de pretender "adueñarse de la GCT para dirigirla también desde el hipódromo" (una referencia a la pasión de Vandor por las carreras de caballos) y de ser uno de los "caudillitos que se sirven del movimiento" para sus propios fines.⁹⁶ Por primera vez en los ocho años de su historia las 62 se habían dividido. La facción antivandorista adoptó el nombre de "62 de Pie Junto a Perón". La facción vandorista, en un gesto destinado a distraer la atención de su conflicto con el exiliado líder, se llamó a sí misma "62 Leales a Perón". La división de las 62 pronto se extendió a la rama política del peronismo. En marzo de 1966 el bloque de diputados peronistas se dividió. Veinticuatro diputados quedaron con Vandor y veintiuno se unieron en el "isabelino" Bloque Parlamentario Peronista. En el PJ y en la UP, facciones vandoristas y antivandoristas comenzaron a expulsarse unas a otras, tal como había sucedido un mes antes en las 62.⁹⁷

A medida que la división de la dirigencia peronista se hacía más profunda, se vio que era necesaria alguna forma de consulta popular para resolver el problema subyacente: el futuro del peronismo sin Perón. La prueba decisiva iba a ser la elección de gobernador de Mendoza de abril de 1966. El favorito era Emilio Jofré, del Partido Demócrata que entonces gobernaba la provincia, pero la más emocionante confrontación era la de los dos candidatos peronistas: Alberto Serú García, del neoperonista Movimiento Popular Mendocino (MPM), que era considerado "el rival más

serio" de Jofré,⁹⁸ y Ernesto Corvalán Nanclares, del Partido Justicialista. El enfrentamiento entre Serú García y Corvalán Nanclares era visto como esa consulta popular sobre la disputa entre Vandor y Perón. Si Serú obtenía más votos que Corvalán, el proyecto de Vandor ganaría un tremendo impulso; si Corvalán conseguía más votos que Serú, el peronismo sin Perón habría fracasado.

Desde hacía meses se sabía que Vandor apoyaría a Serú, que se había convertido en 1966 en el más visible y el más vociferante político neoperonista. Serú había proclamado con orgullo la distinción de ser "el primer rebelde" contra Perón y, efectivamente, había sido uno de los pocos peronistas que, desobedeciendo la orden de Perón de votar en blanco, había disputado exitosamente una banca de diputado nacional en las elecciones de julio de 1963. Tras su reelección en marzo de 1965, Serú se había acercado estrechamente a Vandor, hasta el punto que Carlos Risso, presidente del nuevo bloque de diputados antivandoristas, caracterizaba al político mendocino como el principal asesor del líder metalúrgico. Cuando Serú viajó a Madrid en marzo de 1966 para tratar de obtener el apoyo de Perón para su candidatura a gobernador, el exiliado líder se negó a verlo. A su regreso Serú hizo una explícita declaración de independencia respecto de Perón: "Coincido con Vandor en que mientras algunos no esperan más que órdenes, nosotros creemos que el peronismo debe actuar solo, como un partido organizado".⁹⁹ La alianza entre Vandor y Serú era un fenómeno notable en un movimiento donde políticos y sindicalistas tradicionalmente habían desconfiado unos de otros.

Corvalán Nanclares, el menos conocido de los dos candidatos peronistas, había renunciado al MPM en febrero de 1966, quejándose de que Serú, tras haberle prometido la candidatura a gobernador, la había usurpado para sí mismo.¹⁰⁰ Tras romper con el MPM, Corvalán había obtenido permiso para presentarse bajo la denominación del Partido

Justicialista y a fines de marzo obtuvo una explícita declaración de apoyo de Perón.¹⁰¹ Corvalán era ciertamente el candidato menos favorecido de los dos: aun después de haber conseguido el respaldo de Perón no se esperaba que sacara más de la mitad de los votos de Serú.¹⁰² Muchos observadores creían que las órdenes de Perón ya no tenían tanto peso como antes. Dos días antes de la elección un editorialista comentó: 'hoy... las órdenes de Perón parecen estar tan devaluadas como el peso moneda nacional. Esto es algo que se rumorea aun en la corriente de quienes responden al delegado personal [Isabel]'.¹⁰³

La elección de Mendoza, además de ser vista como el enfrentamiento definitivo de Vandor y Perón, era considerada también como un adelanto de lo que podría suceder en las elecciones de gobernador que se llevarían a cabo en marzo de 1967 en Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires.¹⁰⁴ Un buen resultado para Serú en Mendoza, una provincia económicamente avanzada con poco menos de un millón de habitantes, sería considerado un signo de que a los candidatos de Vandor también les iría bien en las más grandes y modernizadas provincias del litoral. En un intento de impedir que Vandor unificara el voto peronista, el gobierno nacional aceleró su campaña para 'revitalizar la previamente anémica organización del peronismo isabelino'. Esta campaña databa de fines de 1965, cuando el gobierno había pasado por alto una ley contra la propaganda peronista para permitir que Isabel hiciera campaña contra Vandor.¹⁰⁵ A medida que se aproximaba la elección de Mendoza, los favores a los isabelinos comenzaron a hacerse más notables. Sólo le llevó cuatro días a la justicia electoral local aprobar el pedido de Corvalán de presentar su candidatura por el ortodoxo PJ —asegurando de este modo la división del peronismo— y se le concedió también la ventaja simbólica de dirigir su campaña desde el edificio donde había funcionado el ya difunto Partido Peronista.¹⁰⁶ Pero el más evidente intento del gobierno de socavar la candidatura de

Serú se produjo dos días antes de la elección, cuando la radio y la televisión de Mendoza fueron autorizadas a reproducir un mensaje grabado de Perón recomendando a sus seguidores votar por Corvalán, a pesar de que las disposiciones de la Secretaría de Comunicaciones prohibían expresamente tal transmisión.¹⁰⁷ En su mensaje Perón decía:

'El Partido Justicialista es el que oficialmente nos representa... no estamos en contra de que ex-peronistas organicen su propio partido y se presenten a elecciones, pero deben hacerlo con su propio nombre, no con el nuestro, y tendrán que presentarse con su propia camiseta en lugar de hacerlo con la camiseta peronista, que corresponde exclusivamente al Partido Justicialista'.¹⁰⁸

Aunque el apoyo de Perón y del gobierno beneficiaban a Corvalán, Serú tenía ventajas organizativas sobre su rival. El sindicato de obreros vitivinícolas de la provincia estaba firme en el campo vandorista y el MPM tenía una organización más sofisticada que la del PJ provincial. El MPM había obtenido 98.000 votos en la elección de diputados nacionales de marzo de 1965, mientras que el PJ sólo había conseguido 15.000.¹⁰⁹ Finalmente, Vandor y sus colaboradores viajaron a Mendoza para ayudar a Serú, mientras que ningún miembro prominente de las 62 de Pie viajó para apoyar a Corvalán.¹¹⁰ En el fondo, por lo tanto, la cuestión era si la exhortación directa de Perón a los peronistas para que apoyaran a Corvalán triunfaría sobre la poderosa organización que Vandor le había dado a Serú. A pesar de las expectativas en sentido contrario, triunfó. Corvalán obtuvo una inesperada victoria sobre Serú, con 102.000 votos contra los 62.000 del candidato vandorista. El demócrata Jofré, con 129.000 votos, se aseguró que ganaría la gobernación cuando el colegio electoral provincial se reuniera una semana más tarde. Pero como editorializó *Primera Plana*, la victoria de Jofré "parecía eclipsarse ante la evidencia de que Perón mantiene incólum-

me su hegemonía". Mariano Grondona lo dijo aún más explícitamente: "Después de Mendoza, la capital del peronismo está otra vez en Madrid".¹¹¹

Debido a que la derrota de Vandor en Mendoza presagiaba lo que probablemente sucedería en todo el país, el balance de poder en el sindicalismo peronista rápidamente cambió en perjuicio del líder metalúrgico. Varios sindicatos pasaron de las 62 Leales vandoristas a las 62 de Pie antivandoristas, y el consejo directivo de la primera renunció en bloque. Los vandoristas anunciaron, aunque con cierta ambigüedad, que en adelante se abstendrían de influir sobre la rama política del peronismo.¹¹² El candidato vandorista a la gobernación de Santa Cruz se retiró en favor de Carlos Alberto Pérez Compagnon, un rico industrial no peronista apoyado por los isabelinos.¹¹³ Como Lima antes que él, Pérez Compagnon era un candidato que, si era elegido, no tendría otra base de poder que Perón mismo. La derrota de Serú significó el fin del proyecto partidario de Vandor y, más generalmente, el colapso del peronismo sin Perón.

La iniciativa de Vandor fracasó por tres razones principales. En primer lugar —y lo más importante—, los seguidores de Perón obedecieron sus órdenes porque continuaban reverenciando al exiliado líder. Esta reverencia derivaba de un recuerdo en parte idealizado, en parte fiel, de cuánto mejor que los anteriores y posteriores había sido el gobierno peronista y del hecho de que la identidad peronista se centraba en Perón mismo, más que en un partido o una ideología. Además, el hecho de que Perón no estuviese muerto, sino mandando aún mensajes desde el exilio, tuvo como resultado que el movimiento personalista que lideraba fuese menos susceptible a la rutinización que en el caso contrario. En segundo lugar, aunque los recursos organizativos de Vandor hicieron mucho para neutralizar el persistente atractivo personal de Perón, ellos no estaban tan bien desarrollados en Mendoza como en el Gran Buenos Aires. Datos de dieciséis departamentos de Mendoza mues-

tran que a Corvalán le fue mejor en las áreas urbanas que en las rurales, quizá porque el mensaje de Perón se escuchó más fácilmente en las ciudades.¹¹⁴ En tercer lugar, Perón tenía mayor ventaja en atractivo popular que Vandor tenía en organización. Por un lado, datos de encuestas muestran que sólo 4% de los peronistas elegían a Vandor como un dirigente "particularmente admirado".¹¹⁵ Por otro, en el momento de la elección de Mendoza la posición de Perón estaba mejorando en el plano organizativo. Tras la Proclama de Avellaneda de Vandor, Perón había ganado el apoyo de las 62 de Pie y de importantes segmentos del PJ y UP. Muchas figuras políticas y sindicales secundarias perderían prominencia a medida que Vandor ganara hegemonía, incluidos Alonso y Olmos, a pesar de que ambos habían sugerido en un momento u otro que a los sindicatos les iría mejor si Perón se transformaba en una figura simbólica.¹¹⁶ Así como estados periféricos muchas veces unen su suerte a la de alguna gran potencia distante cuando una más cercana los amenaza,¹¹⁷ dirigentes partidarios y sindicales subalternos buscaban que el distante Perón los protegiese del proyecto partidario más inmediato y más amenazante de Vandor.

IV. El colapso del proyecto de Vandor y el golpe de 1966

El colapso del proyecto partidario de Vandor permitió a Perón, desde su exilio en Madrid, resurgir como la cabeza indiscutida del movimiento peronista. Pero la derrota que Perón infligió a la iniciativa de Vandor también contribuyó a desencadenar otro acontecimiento decisivo: el golpe de junio de 1966 que introdujo un régimen militar burocrático-autoritario. Se ha sostenido que los militares decidieron intervenir a mediados de 1965 y que para la época de las elecciones de Mendoza de abril de 1966 sólo faltaba decidir la fecha exacta de la intervención.¹¹⁸ Se cuenta con eviden-

cia, sin embargo, de que un segmento decisivo de los militares no se comprometió a dar un golpe hasta después de las elecciones de Mendoza y que la victoria simbólica de Perón en esa elección jugó un papel importante en el desencadenamiento del golpe.

Entre otras cosas, no fue sino pocas semanas antes del golpe que figuras políticas clave dejaron de actuar como si creyeran que el gobierno civil continuaría. Vandor, por ejemplo, estaba perfectamente enterado a mediados de 1965 que un golpe era posible, pero su intento a comienzos de 1966 de organizar un partido político sugiere que todavía no percibía que fuese inevitable. De modo similar, si Perón, los sectores antivandoristas del sindicalismo peronista o el gobierno de Illia hubiesen percibido que un golpe militar era inevitable, no hubiese sido razonable que invirtieran tanto tiempo y esfuerzo en frustrar el proyecto de Vandor. En cuanto a los militares mismos, en varias ocasiones entre octubre de 1965 y abril de 1966 la prensa informó que algunos oficiales se estaban reuniendo con Vandor y otros dirigentes para negociar candidatos peronistas "potables" para las elecciones de gobernador que se realizarían en 1967.¹¹⁹ Si esos oficiales ya hubiesen estado comprometidos con un golpe, es difícil de explicar por qué entraron en semejante negociación. Además, el argumento de que desde mediados de 1965 sólo faltaba decidir la fecha del golpe se corresponde pobremente con las declaraciones siguientes de altos oficiales pocos días después de las elecciones de Mendoza:

Los resultados de las elecciones plantean una clara opción a las Fuerzas Armadas: si se quiere llegar a un acuerdo en materia de candidaturas habrá ahora que negociar con Perón, Isabel Perón, Andrés Framini y los troskistas de la FOTIA. La ilusión de que todo podía resolverse en conversaciones con Tecera del Franco o Vandor terminaron definitivamente.¹²⁰

Las elecciones de Mendoza han sido una advertencia brutal para todos los artífices de la política. Con el triunfo

del Pocho sobre los neoperonistas, ahora está perfectamente claro que no pueden tirarse lances en la provincia de Buenos Aires.¹²¹

El colapso del proyecto partidario de Vandor contribuyó a impedir que se montara el escenario que los actores del momento veían como una posibilidad de continuidad del gobierno civil. De acuerdo con ese escenario, los militares propondrían candidatos peronistas potables para las gobernaciones en juego en 1967 con el fin de hacer más viable la formación de un partido de base sindical que abogase por el peronismo sin Perón. Desde el punto de vista militar tal escenario hubiese tenido tres ventajas concretas: reduciría la probabilidad de que el peronismo girase a la izquierda, disminuiría el divisivo disenso dentro de la oficialidad sobre la forma y grado de las restricciones electorales al peronismo y contribuiría a dejar a Perón sin un papel activo en la política argentina.¹²² Al eclipse de este escenario tras la elección de Mendoza debe atribuírsele entonces mayor peso si el relato de los factores que condujeron al golpe de junio de 1966 se hace de un modo más completo e históricamente adecuado.

Otra opinión común acerca del golpe de 1966 también requiere revisión. A menudo se afirma que los dirigentes sindicales peronistas estuvieron activamente implicados en la promoción de la intervención militar.¹²³ Algunos de ellos por cierto lo estuvieron. Alonso había estado en contacto con los militares desde 1964, cuando los oficiales que buscaban clarificar las intenciones que había detrás del plan de lucha debieron recurrir al secretario general de la CGT tras descubrir que Vandor —a quien reconocían como el poder real detrás de la escena— estaba recluido con su esposa, que había sufrido la pérdida de un embarazo.¹²⁴ Esos contactos fueron intensificados en diciembre de 1965, cuando altos oficiales del ejército mantuvieron entrevistas separadas con Alonso (que les habría dejado la mejor impresión), Vandor y otros dirigentes sindicales. En marzo de

1966, en una demostración sin precedentes de la amistad militar-sindical, altos oficiales del ejército hicieron una rara visita a un local sindical para participar de una cena de homenaje al coronel Jorge Leal, que recientemente había encabezado una expedición al Polo Sur.¹²⁵ Tras el golpe, algunos dirigentes sindicales peronistas participaron visiblemente del acto de juramento de Onganía y las dos alas de las 62 enviaron mensajes de apoyo a los nuevos gobernantes militares.¹²⁶

Está claro, sin embargo, que muchos dirigentes sindicales peronistas tenían una postura más ambigua y matizada respecto de la intervención militar que la que con frecuencia se acepta. La más importante de esas posiciones ambiguas era la de Vandor. En una reunión de la CGT de setiembre de 1965 Vandor había condenado el golpismo de ciertos oficiales y sus contactos con militares en los meses previos a la elección de Mendoza estuvieron dirigidos a negociar las candidaturas peronistas para las elecciones de gobernadores de 1967,¹²⁷ no a establecer los términos de la participación peronista en un futuro gobierno militar. Aun pocos días antes del golpe, Vandor y sus aliados todavía tenían la esperanza de que la estrategia del partido obrero pudiera de algún modo ser resucitada. Según un artículo del número de *Primera Plana* fechado el 28 de junio de 1966 (el mismo día del golpe): "En los gremios vandoristas parece progresar una posición contraria al golpe, consistente en presionar al Gobierno para que acepte la institucionalización del peronismo y el nombramiento de un candidato potable para las Fuerzas Armadas a la Gobernación de Buenos Aires... Sin embargo, no cesan los contactos con grupos golpistas". La posibilidad de un golpe flotaba desde hacía tiempo en el aire y Vandor y sus aliados necesitarían amigos en la oficialidad si querían mantener el control de la CGT y los sindicatos principales tras la intervención militar. "Que den el golpe primero y después veremos qué hacer", habría dicho Vandor. El artículo tam-

bién describía a la pequeña facción comunista del sindicalismo (MUCS) como representando, "junto con el vandorismo, la tendencia más decididamente antigolpista dentro del movimiento obrero".¹²⁸

El mismo artículo informaba que "Amado Olmos (Sanidad, trotskista), junto con los otros representantes de la izquierda (Di Pasquale, Arias, Eyerhalde) están en contra del golpe y han mantenido entrevistas con dirigentes de otros sectores que sustentan la misma posición". En contraste con esto, "en el sector 62 de Pie aparece decididamente golpista el ex secretario general de la CGT, José Alonso". William Smith, en su monumental tesis doctoral sobre el régimen militar de 1966-1973, está de acuerdo en que aunque tanto Alonso como Vandor "se apresuraron a dar la bienvenida al fin del gobierno constitucional", Alonso estaba "mucho más íntimamente implicado que Vandor en las negociaciones pregolpe con los militares", y fue recompensado por su apoyo por el ministro de Trabajo de Onganía, que a fines de 1966 trató de "inclinarse en favor de Alonso en las inminentes elecciones de nuevas autoridades nacionales [de la CGT]". Después de 1966 Alonso perteneció al grupo informal de dirigentes sindicales, conocido como "Nueva Corriente de Opinión", que estaba en favor de una colaboración activa con la dictadura de Onganía y de una indefinidamente prolongada "unión del pueblo y las fuerzas armadas". Vandor, por el contrario, consideraba a la Revolución Argentina de Onganía sólo como una "transición hacia las instituciones republicanas".¹²⁹

A pesar de las sustanciales diferencias de opinión respecto del golpe de 1966 y la subsiguiente dictadura militar, Vandor y Alonso pronto se reconciliarían y unirían sus fuerzas para resistir a un adversario común: los sectores de izquierda del sindicalismo peronista que ganaron el control de la CGT en 1968. Aunque hacia mediados de 1969 los sectores más conservadores del sindicalismo habían recuperado la central obrera, ni Vandor ni Alonso vivirían para

gozar de su triunfo, ni para ser testigos del retorno de Perón a la Argentina en 1973. En junio de 1969 Vandor fue asesinado por agresores desconocidos que irrumpieron en el edificio de la UOM. Alonso fue asesinado en agosto de 1970 por un grupo no identificado que rodeó su auto. Estos asesinatos fueron condenados por el gobierno militar y por sectores de la sociedad argentina que nunca antes habían demostrado demasiada simpatía por el peronismo o sus dirigentes, marcando un ablandamiento de la división entre peronistas y antiperonistas que había convulsionado a la sociedad argentina desde la década del 40. Fue precisamente este ablandamiento del conflicto peronismo-anti-peronismo, provocado por el surgimiento de la izquierda militante, que abrió las puertas al retorno de Perón a la presidencia en 1973. Los asesinatos de Vandor y Alonso también señalaron el comienzo de una guerra mucho más salvaje entre la izquierda y la derecha, de la que la Argentina todavía no se ha recuperado completamente.

(Traducción de S.A.)

Capítulo 6

¹ Los tipos ideales son construcciones heurísticas a los que no debe esperarse que los fenómenos sociales reales se ajusten perfectamente. No es sorprendente entonces que Perón como líder y el peronismo como movimiento político carezcan de algunos de los atributos del carisma. Subrayando esto, los propios ejemplos de líderes carismáticos dados por Weber son bastante diversos, yendo de Teddy Roosevelt al *Berserker* —energúmeno escandinavo—, que “mordía su escudo y cuanto encontraba a su alrededor, como un perro enloquecido, antes de lanzarse a un frenesí sangriento” (Weber [1978], pp. 1112, 1132).

² El refinado análisis de Madsen y Snow (1991) del peronismo como un movimiento carismático demuestra de manera más convincente que estudios anteriores que muchos de los seguidores iniciales de Perón eran migrantes urbanos de las grandes ciudades. Muchos de los estudios previos han sido recopilados en Mora y Araujo y Llorente (1980).

³ Véase especialmente Fillol (1961), p. 83; Baily (1967), p. 82; Butler (1969), p. 429.

⁴ Halperin Donghi (1975), Kenworthy (1975), Little (1975).

⁵ Collier y Collier (1991), pp. 95-99.

⁶ Doyon (1977), pp. 586-590; McGuire (1989), pp. 61-63.

⁷ O'Donnell (1973), pp. 167-192.

⁸ Senén González y Torre (1969), pp. 15, 51.

⁹ James (1988), pp. 43-100.

¹⁰ Zorrilla (1983), p. 54.

¹¹ James (1988), pp. 55, 271 n. 32.

¹² *Panorama*, diciembre de 1965, p. 92; *Primera Plana*, 12 de enero de 1965, p. 11; Cardoso y Audi (1982), p. 51; Carri (1967), pp. 68-69; Gazzera, “Nosotros, los dirigentes”, en *Gazzera y Ceresole* (1970), p. 113; Walsh (1985), pp. 37, 135.

¹³ Gaudio y Domenicone (1986), p. 165; *Primera Plana*, 12 de enero de 1965, p. 11.

¹⁴ Doyon (1977), p. 588; entrevistas del autor (que prometió el anonimato al entrevistado). Aunque más tarde Framini se convirtió en un virtual vocero de Perón, en 1953 era considerado un peronista disidente. Vandor mismo llamó una vez a Framini “gran dirigente” porque “estando aún Perón en el gobierno, se alzó contra la dirección digitada de su gremio y la derrotó” (entrevista a Vandor,

Confirmado, 4 de noviembre de 1965, p. 16). [N. del T.: la cita de Vandor es reproducción textual. Se han utilizado de aquí en adelante comillas simples para indicar los casos en que hemos debido recurrir a una doble traducción por no contar con el original en castellano].

¹⁵ CGT (1949); *Clarín*, 28 de agosto de 1970; López y Grabois (1970), pp. 2-3.

¹⁶ *Primera Plana*, 19 de diciembre de 1967, p. 48.

¹⁷ Sobre el fallido “congreso normalizador” de 1957, véase Rodríguez Lamas (1985), p. 130; Cavarozzi (1979a), pp. 73-78; Iscaro (1973), véase 2, p. 336; Marischi (1968), p. 41; James (1979), pp. 83-85; Baily (1967), p. 181; Audi y Cardoso (1981), pp. 69-72, 76; Abellá Blasco (1967), p. 91.

¹⁸ Little (1979); McGuire (1989), pp. 53-59.

¹⁹ Véase el trabajo de Arias y García Heras en este volumen.

²⁰ Gallo (1983), p. 53; Cavarozzi (1979a), pp. 43-45.

²¹ Guardo (1963), pp. 109-111; Potash (1980), pp. 263-270.

²² *Hispanic American Report*, enero de 1958, pp. 43-44; entrevista a Vicente Saadi, Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1972, p. 66.

²³ Entrevista a Vicente Armando Cabo en Calello y Parcero (1984), véase 1, pp. 31-32.

²⁴ Entrevista a Juan José Taccone en Domínguez (1977), pp. 70-71; James (1988), p. 77.

²⁵ James (1988), pp. 119-143, esp. 125-26.

²⁶ Audi y Cardoso (1981), p. 77.

²⁷ Estas frases son del programa de Huerta Grande (1962), elaborado por la facción dura de las 62. Véase más abajo una discusión más detallada y la correspondiente referencia.

²⁸ Entrevista a Framini en Calello y Parcero (1984), véase 1, pp. 53-55.

²⁹ Cavarozzi (1979b), p. 18n; James (1988), p. 109.

³⁰ Cavarozzi (1979b), pp. 51-52.

³¹ Potash (1980), p. 356.

³² Verone (1985), p. 28; entrevista a Framini en Cardoso y Audi (1982), p. 19.

³³ Perón (1983), pp. 90-93; Page (1983), pp. 377-78; Lamadrid (1986), p. 27.

³⁴ Entre quienes compartían esta opinión estaba Juan José

Taccone, del sindicato de Luz y Fuerza, citado en Domínguez (1977), p. 82.

³⁵ Lamadrid (1986), p. 26.

³⁶ El Partido Justicialista fue creado en 1959, pero inmediatamente fue proscrito debido a que llevaba "el nombre del partido oficial del régimen peronista", a que era "una continuación del peronismo" y a que había demostrado "una manifiesta disposición a ponerse al servicio incondicional de un individuo", tal como quedaba evidenciado por la afirmación de sus dirigentes de que sus "únicas directivas venían de Perón y su único objetivo era su retorno al poder". Véase Potash (1959), p. 521; Ranis (1966), p. 85; *Hispanic American Report*, setiembre de 1959, p. 511.

³⁷ Cardoso y Audi (1982), pp. 16, 51; James (1988), p. 154.

³⁸ Entrevista a Framini en Cardoso y Audi (1982), p. 23; Gazzera, "Nosotros, los dirigentes", en Gazzera y Ceresole (1970), p. 119.

³⁹ *Hispanic American Report*, abril de 1963, p. 167.

⁴⁰ *Hispanic American Report*, setiembre de 1962, p. 648.

⁴¹ Entrevista a Framini en Calcetto y Parceró (1984), véase 1, pp. 53-54.

⁴² *Cuadernos de Marcha*, junio de 1973, p. 32.

⁴³ Entrevista a Framini en Calcetto y Parceró (1984), véase 1, p. 55.

⁴⁴ Lamadrid (1986), pp. 77-85.

⁴⁵ Citado en Nosiglia (1983), p. 64.

⁴⁶ *Hispanic American Report*, febrero de 1963, p. 167.

⁴⁷ Rowe (1964), p. 17n.

⁴⁸ Prieto (1977), p. 231; O'Donnell (1979), p. 190.

⁴⁹ James (1979), p. 296.

⁵⁰ Sobre el enredo de la proscripción de Lima y los subsecuentes llamados a votar en blanco véase *La Nación*, 4 de julio de 1963, p. 1; *Hispanic American Report*, setiembre de 1963, p. 613, y octubre de 1963, p. 718; y Snow (1965), pp. 21-22.

⁵¹ Véase la encuesta en *Panorama*, diciembre de 1964, p. 51.

⁵² *Hispanic American Report*, junio de 1964, p. 357.

⁵³ La información de este párrafo ha sido recopilada de *Hispanic American Report*, setiembre de 1964, p. 651, y noviembre de 1964, p. 841; *Informes Laborales*, octubre de 1963, p. 32; *La Razón*, 29 de junio de 1964; *Primera Plana*, 7 de julio de 1964, p. 8, 12 de enero de 1965, p. 13, y 2 de junio de 1965, p. 16; y James (1988), pp. 177-178.

⁵⁴ *Primera Plana*, 7 de julio de 1964, p. 8.

⁵⁵ *Compañero*, 6 de noviembre de 1963, p. 1; *Informes Laborales*, noviembre de 1963, p. 37; *Hispanic American Report*, julio de 1964, p. 499; *Primera Plana*, 8 de julio de 1965, p. 18.

⁵⁶ McGuire (1989), capítulo 4.

⁵⁷ Entrevistas personales del autor (que prometió el anonimato al entrevistado).

⁵⁸ Gazzera, "Nosotros, los dirigentes", en Gazzera y Ceresole (1970), p. 115; entrevista a Framini, en Calcetto y Parceró (1984), véase 1, p. 52. Una encuesta indicaba que a fines de 1965, en el pico de la influencia de Vandor, sólo 4% de los peronistas lo elegían de una lista de nueve nombres como el dirigente peronista a quien "admiraban particularmente". Ese porcentaje era menor aun que el 7% obtenido por Framini. Porcentajes calculados a partir de Kirkpatrick (1971), p. 224.

⁵⁹ Entrevista a Framini en Calcetto y Parceró (1984), véase 1, p. 52.

⁶⁰ Entrevista a Vandor en *Confirmado*, 4 de noviembre de 1965, pp. 14-16.

⁶¹ Correa (1972), pp. 72-73; Correa (1975), pp. 57-58; James (1978), pp. 6, 9, 24; Walsh (1985), pp. 146, 149; Gaudio y Domenicone (1986), p. 162; James (1988), 170-173.

⁶² Secretaría de Estado de Trabajo (1969), pp. 12, 63.

⁶³ James (1979), pp. 241-245; Walsh (1985), p. 146

⁶⁴ *Primera Plana*, 2 de marzo de 1965, p. 9.

⁶⁵ Walsh (1985). La cita de Imbelloni en p. 117.

⁶⁶ Bisio y Cordone (1980), y Bourdó (1978) dan la descripción más completa del plan de lucha.

⁶⁷ Para evidencia de la exageración, véase McGuire (1989), pp. 204-205.

⁶⁸ La cita es de Rouquié (1982), véase 2, p. 237. La información de la oración siguiente es de *Informes Laborales*, mayo de 1964, p. 36. Bisio y Cordone (1980), pp. 89-91, y Torre (1983), p. 33, también destacan que el gobierno era el principal objetivo del plan.

⁶⁹ Los objetivos del plan están descriptos en el *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, 2-8 de diciembre de 1963, pp. 6-11. Entre quienes sugieren que el plan de lucha tenía por objeto desencadenar un golpe se encuentran Wynia (1986), pp. 130-32.

y varios sindicalistas no peronistas, cuyas posiciones se encuentran resumidas en Sánchez (1983), p. 44; *Hispanic American Report*, agosto de 1964, p. 555; Bisio y Cordone (1980), p. 50.

⁷⁰ La dirigencia de la CGT expresaba constantemente esta demanda en su *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, por ejemplo, el de 1-7 de junio 1964, pp. 20-21. Para los dirigentes de las 62 que negaron que las ocupaciones estuviesen dirigidas a provocar un golpe, véase Bisio y Cordone (1980), p. 50.

⁷¹ *Confirmado*, 4 de noviembre de 1965, p. 15.

⁷² Rouquié (1982), véase 2, p. 237; Bisio y Cordone (1980), pp. 8-9; Torre (1983), p. 33. La cita se encuentra en Gazzera "Nosotros, los dirigentes", en Gazzera y Ceresole (1970), p. 122.

⁷³ *Primera Plana*, 8 de marzo de 1966, p. 16

⁷⁴ *Primera Plana*, 22 de diciembre de 1964, p. 8

⁷⁵ *Primera Plana*, 9 de marzo de 1965, p. 12. Los miembros de la justicia electoral nacional fueron seleccionados durante una fase particularmente antiperonista del gobierno de Guido.

⁷⁶ *Primera Plana*, 2 de febrero de 1965, pp. 12-14.

⁷⁷ James (1979), pp. 278-300.

⁷⁸ Entrevistas personales del autor (que prometió el anonimato al entrevistado).

⁷⁹ Ranis (1966), p. 120. UP era considerada la denominación del peronismo ortodoxo en las provincias donde había disputado elecciones. Para esta época, la definición de un dirigente peronista "ortodoxo" había cambiado de quien obedecía las órdenes de Perón en tiempo de elecciones (muchas de estas "órdenes" habían sido sacadas a Perón por los sindicalistas) a quien apoyaba o participaba en la reorganización del PJ, en el plan de lucha de la CGT y en el retorno de Perón. Los partidos neoperonistas "heterodoxos" presentaron candidatos que no habían sido aprobados por Vandor ni por Perón, pero recibieron solamente 318.197 votos frente a 3.032.000 de UP y otras denominaciones del peronismo ortodoxo. (*Primera Plana*, 23 de marzo de 1965, pp. 9-11).

⁸⁰ *Primera Plana*, 30 de marzo de 1965, p. 9.

⁸¹ *Primera Plana*, 11 de mayo de 1965, p. 14.

⁸² *Boletín Informativo Semanal de la CGT*, 15-21 de marzo de 1965, p. 1; CGT (1965), pp. 17, 64-70; *Informes Laborales*, marzo

de 1965, p. 24.

⁸³ Véase especialmente el discurso de Alonso citado en Rouquié (1982), véase 2, p. 237; y la historia de tapa del *Boletín Informativo Semanal de la CGT* (15-21 de marzo de 1965, p.1).

⁸⁴ *Primera Plana*, 6 de julio de 1965, p. 18.

⁸⁵ *Primera Plana*, 19 de octubre de 1965, pp. 10-12; 2 de noviembre de 1965, p. 10; *Confirmado*, 21 de octubre de 1965, p. 12; 28 de octubre de 1965, p. 16.

⁸⁶ Citas de *Primera Plana*, 9 de noviembre de 1965, p. 16, y 2 de noviembre de 1965, pp. 9-10.

⁸⁷ *Informes Laborales*, enero de 1966, p. 21.

⁸⁸ *Primera Plana*, 21 de diciembre de 1965, p. 16.

⁸⁹ *Primera Plana*, 9 de noviembre de 1965, pp. 16-17.

⁹⁰ Entrevistas personales del autor (que prometió el anonimato al entrevistado).

⁹¹ *Primera Plana*, 2 de noviembre de 1965, p. 10

⁹² *Confirmado*, 16 de diciembre de 1965, p. 18; *Primera Plana*, 8 de marzo de 1966, pp. 14-15.

⁹³ *Primera Plana*, 26 de abril de 1966, p. 7.

⁹⁴ *Informes Laborales*, enero de 1966, pp. 21-24.

⁹⁵ *Informes Laborales*, febrero de 1966, p. 15

⁹⁶ *La Razón*, 2 de febrero de 1966.

⁹⁷ *Primera Plana*, 22 de marzo de 1966, p. 10.

⁹⁸ *La Nación*, 21 de abril de 1966, p. 6.

⁹⁹ *Primera Plana*, 22 de marzo de 1966, p. 13.

¹⁰⁰ Strout (1968), p. 37.

¹⁰¹ *Primera Plana*, 29 de marzo de 1966, pp. 10-11

¹⁰² *Confirmado*, 17 de marzo de 1966, p. 14, y 31 de marzo de 1966, p. 19; *Primera Plana*, 12 de abril de 1966, p. 12.

¹⁰³ *La Nación*, 15 de abril de 1966, p. 18

¹⁰⁴ *Confirmado*, 31 de marzo de 1966, p. 18.

¹⁰⁵ *La Nación*, 21 de abril de 1966, p. 6.

¹⁰⁶ *La Nación*, 19 de abril de 1966, p. 20; *Confirmado*, 31 de marzo de 1966, p. 17.

¹⁰⁷ *Confirmado*, 21 de abril de 1966, p. 14; *Primera Plana*, 26 de abril de 1966, p. 16; *La Nación*, 21 de abril de 1966, p. 6.

¹⁰⁸ *La Nación*, 17 de abril de 1966, p. 20.

¹⁰⁹ Cantón (1968), véase 2, pp. 240-241

¹¹⁰ *Primera Plana*, 12 de abril de 1966, p. 15; *La Nación*, 19 de

abril de 1966, p. 20.

¹¹¹ *Primera Plana*, 26 de abril de 1966, pp. 7, 16.

¹¹² *Primera Plana*, 10 de mayo de 1966, pp. 10, 15; 17 de mayo de 1966, p. 14.

¹¹³ Halperin Donghi (1983), p. 138; *Primera Plana*, 31 de mayo de 1966, p. 18; *Hispanic American Report*, febrero de 1963, p. 166, y abril de 1963, p. 396.

¹¹⁴ Cantón (1973), pp. 206-208.

¹¹⁵ Kirkpatrick (1971), p. 224.

¹¹⁶ Para las declaraciones de Alonso véase CGT (1965), pp. 68-69; para las de Olmos véase Horowitz (1962), p. 281.

¹¹⁷ Waltz (1979), pp. 102-128.

¹¹⁸ Este argumento es sostenido por O'Donnell (1976), p. 211, y Rouquié (1982), véase 2, p. 248. En apoyo de esta opinión véase una encuesta informal de oficiales de diciembre de 1965, que reveló que la mayoría de ellos apoyaba un golpe (*Confirmado*, 9 de diciembre de 1965, p. 14).

¹¹⁹ *Primera Plana*, 12 de octubre de 1965, p. 15; 11 de enero de 1966, p. 8; 22 March 1966, p. 10.

¹²⁰ Un "alto oficial" citado en *Confirmado*, 21 de abril de 1966, p. 14.

¹²¹ General Manuel Laprida, citado en Kvaternik (1990), p. 79.

¹²² *Confirmado*, 28 de abril de 1966, p. 13.

¹²³ Véase por ejemplo Luna (1972), p. 177; Wynia (1986), p. 131; Hodges (1988), p. 59.

¹²⁴ *Primera Plana*, 12 de enero de 1965, p. 13.

¹²⁵ *Primera Plana*, 11 de enero de 1966, p. 8; 22 de marzo de 1966, p. 9.

¹²⁶ *Informes Laborales*, julio de 1966, pp. 30-32.

¹²⁷ *Primera Plana*, 28 de setiembre de 1965, p. 13, y 11 de enero de 1966, p. 8.

¹²⁸ *Primera Plana*, 28 de junio de 1966, p. 20.

¹²⁹ Smith (1980), véase 1, p. 328; véase 2, p. 649, n. 28; véase 2, p. 651, n. 47.

Capítulo 7

¹ Collier (1979); O'Donnell (1982); O'Donnell, Schmitter, Whitehead (1986).

² O'Donnell (1982)

³ Viola (1982).

⁴ Smith (1983).

⁵ Ha sido para mí orientadora la sistematización de Erving Goffman. Goffman trabaja, desde una perspectiva social, los aspectos subjetivos de los encuentros personales. Su texto "La presentación de la persona en la vida cotidiana" (1981) y la síntesis de su pensamiento realizada por Mauro Wolf (1979) reafirmaron mi versión sobre la importancia de la noción de interacción política.

⁶ Fernández (1986).

⁷ *Primera Plana*, 29 de octubre de 1968, No. 305.

⁸ *Crónica*, 5 de julio de 1968 y 12 de junio de 1968, declaraciones sindicales en favor de la unidad. O'Donnell (1982), pp. 136.

⁹ *Clarín*, 9 de octubre de 1968.

¹⁰ *Primera Plana*, 29 de octubre de 1968, No. 305.

¹¹ La primera semana de noviembre siete gremios rebeldes acuerdan con Vandor con vistas a formar una junta central integrada además por Armando Cabo, Bernabé Castellano y el mismo Paladino. *Primera Plana*, 12 de noviembre de 1968, No. 307.

¹² *Clarín*, 18 de abril de 1968.

¹³ Ollier (1989), pp. 68-69; *Primera Plana*, 4 de febrero de 1969, No. 319, artículo titulado: "Gobierno-Gremios: mi general cuanto valés"; *ibid.*, 18 de febrero de 1969, No. 321.

¹⁴ *Clarín*, 21 de febrero de 1969. Entrevista concedida por Perón a Carlos Denegri, periodista mexicano, a lo largo de tres horas y publicada en el diario *Excelsior* de México.

¹⁵ *Periscopio*, 17 de marzo de 1970, No. 26.

¹⁶ *Ibid.*, 21 de abril de 1970, No. 31.

¹⁷ Declaraciones aparecidas en el diario *Los Principios* de Córdoba y registradas en *Periscopio*, 23 de diciembre de 1969, No. 14, tres meses antes de su secuestro.

¹⁸ *Periscopio*, 23 de junio de 1970, No. 40.

¹⁹ *Ibid.*, 30 de junio de 1970, No. 41.

²⁰ Para declaraciones de la clase política sobre el retorno de Perón, véase Ollier (1989), pp. 99-100.

²¹ *Primera Plana*, 20 de octubre de 1970, No. 403.

²² *Ibid.*, 13 de octubre de 1970, No. 402. Ollier (1989), pp. 104-105.

References

Books, Articles, Union Documents, Government Documents

- Abellá Blasco, Mario (1967). Historia del sindicalismo: Los obreros, la economía, la política. Buenos Aires: A. Peña Lillo Editor.
- Arias, María F., and Raúl García-Heras (199). "Dispersed Charisma and Rebellion: The NeoPeronist Parties in Argentine Politics, 1955-1973." This Volume.
- Audi, Rodolfo, and Oscar Raúl Cardoso (1981). "La CGT a sus dueños." Todo es Historia No. 167 (April), pp. 62-79.
- Baily, Samuel J. (1967). Labor, Nationalism, and Politics in Argentina. New Brunswick: Rutgers University Press.
- Bisio, Raúl H, and Héctor G. Cordone (1980). "La segunda etapa del plan de lucha de la CGT. Un episodio singular de la relación sindicatos-estado en la Argentina." Buenos Aires: Unpublished Manuscript, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL).
- Bourdé, Guy (1978). "La CGT argentine et les occupations d'usines de mai-juin 1964." Le Mouvement Social 108 (April-June), pp. 53-87.
- Butler, David J. (1969). "Charisma, Migration and Elite Coalescence: An Interpretation of Peronism." Comparative Politics 1 No. 3 (April), pp. 423-439.
- Calello, Osvaldo and Daniel Parceró (1984). De Vandor a Ubaldini. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. 2 Vols.
- Cantón, Darío (1968). Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina. Buenos Aires: Editorial del Instituto (Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella). 2 Vols.
- Cantón, Darío (1973). Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Cardoso, Oscar R., and Rodolfo Audi (1982). Sindicalismo: El poder y la crisis. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Carri, Roberto (1967). Sindicatos y poder en la argentina. Buenos Aires: Sudestada.
- Cavarozzi, Marcelo (1979a). "Sindicatos y política en Argentina 1955-1958." Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES). Estudios CEDES Vol. 2, No. 1.
- Cavarozzi, Marcelo (1979b). "Consolidación del sindicalismo Peronista y emergencia de la formula política Argentina durante el gobierno frondizista." Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES). Estudios CEDES Vol. 2, No. 7/8.
- CGT-Confederación General de Trabajo de la República Argentina (1949). Memoria y Balance Anual. XIX Ejercicio 1949. Buenos Aires: CGT.
- CGT-Confederación General de Trabajo de la República Argentina (1965). "La CGT en marcha hacia el cambio de estructuras." Buenos Aires: CGT.

- Collier, Ruth Berins, and David Collier (1991). Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America. Princeton: Princeton University Press.
- Correa, Jorge (1972). Los jerarcas sindicales. Buenos Aires: Editorial Polémica.
- Correa, Jorge (1975). Carlos Ons: Un dirigente metalúrgico clasista. Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Domínguez, Nelson (1977). Conversaciones con Juan J. Taccone. Buenos Aires: Colihue/Hachette.
- Doyon, Louise (1978). "Organized Labour and Perón (1943-1955): A Study in the Conflictual Dynamics of the Peronist Movement." Doctoral Dissertation, Department of Political Economy, University of Toronto.
- Fillol, Tomás Roberto (1961). Social Factors in Economic Development: The Argentine Case. Cambridge MA: MIT Press.
- Gallo, Ricardo (1983). Balbín, Frondizi y la división del radicalismo (1956-1958). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Gaudio, Ricardo and Héctor Domenicone (1986). "El proceso de normalización sindical bajo el gobierno radical." Unpublished manuscript, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Buenos Aires.
- Gazzera, Miguel (1970). "Nosotros, los dirigentes." In Miguel Gazzera and Norberto Ceresole, Peronismo: Autocrítica y perspectivas. Buenos Aires: Editorial Descartes.
- Grailot, Helene (1973). "Argentina." In Richard Gott (ed.), Guide to the Political Parties of South America. Middlesex: Penguin Books.
- Guardo, Ricardo C. (1963). Horas difíciles. 1955 Setiembre 1962. Buenos Aires: Ediciones Ricardo C. Guardo.
- Halperín Donghi, Tulio (1975). "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos." Desarrollo Económico 14 No. 56 (January-March), pp. 765-779.
- Halperín Donghi, Tulio (1983). Argentina: La democracia de masas. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Hodges, Donald (1988). Argentina, 1943-1987: The National Revolution and Resistance. Second Edition. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1988.
- Horowitz, Irving Louis (1962). "Storm Over Argentina." The Nation 31 March 1962.
- Iscaro, Rubens (1973). Historia del Movimiento Sindical. Buenos Aires: Editorial Fundamento. 2 Vols.
- James, Daniel (1978). "Power and Politics in Peronist Trade Unions." Journal of Interamerican Studies and World Affairs 20 No. 1 (February), pp. 3-36.
- James, Daniel (1979). "Unions and Politics: The Development of Peronist Trade Unionism, 1955-1966." Doctoral Dissertation, Department of History, University of London.
- James, Daniel (1988). Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976. Cambridge: Cambridge University Press.

- Kenworthy, Eldon (1975). "Interpretaciones ortodoxas y revisionistas del apoyo inicial del peronismo." Desarrollo Económico 14 No. 56 (January-March), pp. 749-763.
- Kirkpatrick, Jeane (1971). Leader and Vanguard in Mass Society: A Study of Peronist Argentina. Cambridge MA: MIT Press.
- Kvaternik, Eugenio (1990). El péndulo cívico militar. La caída de Illia. Buenos Aires: Editorial Tesis.
- Lamadrid, Alejandro (1986). "Sindicatos y política. El gobierno Guido." Unpublished manuscript, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Buenos Aires.
- Little, Walter (1973). "Party and State in Peronist Argentina, 1945-1955." Hispanic American Historical Review 53 No. 4 (November), pp. 644-662.
- Little, Walter (1975). "The Popular Origins of Peronism." In David Rock (ed.), Argentina in the Twentieth Century. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- López, Ricardo and Roberto Grabois (1970). "Alonso. Los participacionistas y la penetración imperialista en los sindicatos argentinos." Buenos Aires: Peronismo y Liberación.
- Luna, Félix (1972). De Perón a Lanusse 1943/1973. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Madsen, Douglas and Peter G. Snow (1991). The Charismatic Bond: Political Behavior in Time of Crisis. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Marischi, Vicente (ed.) (1968). Conciencia y organización en el mundo sindical. Buenos Aires: Ediciones del Calicanto.
- McGuire, James W. (1989). "Peronism without Perón: Unions in Argentine Politics, 1955-1966." Doctoral Dissertation, Department of Political Science, University of California at Berkeley.
- Mora y Araujo, Manuel, and Ignacio Llorente, eds. (1980), El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Nosiglia, Julio E. (1983). El Partido Intransigente. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- O'Donnell, Guillermo A. (1976). "Modernization and Military Coups: Theory, Practice and the Argentine Case." In Abraham F. Lowenthal (ed.), Armies and Politics in Latin America. New York: Holmes and Meier.
- O'Donnell, Guillermo A. (1979). Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics. Berkeley: Institute of International Studies, University of California, Berkeley. First published 1973.
- Page, Joseph (1983). Perón: A Biography. New York: Random House.
- Perón, Juan D. (1983). Correspondencia. Buenos Aires: Corregidor. V. 1.
- Potash, Robert A. (1959). "Argentine Political Parties: 1957-1958." Journal of Interamerican Studies 1 No. 4 (October), pp. 515-524.
- Potash, Robert M. (1980). The Army and Politics in Argentina, 1945-1962. Stanford: Stanford University Press.

- Prieto, Ramón (1977). Treinta años de vida argentina. 1945-1975. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Ranis, Peter (1965). "Parties, Politics, and Peronism: A Study of Post-Perón Argentine Political Development." Doctoral Dissertation, Department of Political Science, New York University.
- Ranis, Peter (1966). "Peronismo Without Perón: Ten Years After the Fall (1955-1965)." Journal of Interamerican Studies 8 No. 1 (1966), 112-128.
- Rodríguez Lamas, Daniel (1985). La Revolución Libertadora. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rouquié, Alain (1982). Poder militar y sociedad política en la Argentina. Buenos Aires: Emecé. 2 Vols. First published in French, 1978.
- Rowe, James W. (1964). The Argentine Elections of 1963: An Analysis. Washington, D.C.: Institute for the Comparative Study of Political Systems.
- Sánchez, Pedro (1983). La presidencia de Illia. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Secretaría de Estado de Trabajo (1969). Participación de los Trabajadores en Elecciones Gremiales. Buenos Aires: Secretaría de Estado de Trabajo, Dirección Nacional de Recursos Humanos, Departamento Socio-Económico, División de Estadísticas Sociales.
- Senén González, Santiago, and Juan Carlos Torre (1969). Ejército y Sindicatos. Los sesenta días de Lonardi. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Smith, William C. (1980). "Crisis of the State and Military-Authoritarian Rule in Argentina, 1966-1973." Doctoral Dissertation, Department of Political Science, Stanford University.
- Snow, Peter G. (1965). "Parties and Politics in Argentina: The Elections of 1962 and 1963." Midwest Journal of Political Science 9 No. 1 (February).
- Strout, Richard Robert (1968). The Recruitment of Candidates in Mendoza Province, Argentina. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Torre, Juan Carlos (1983). Los sindicatos en el gobierno 1973-1976. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Verone, Mario Antonio (1985). La caída de Illia. Buenos Aires: Editorial Coincidencia.
- Walsh, Rodolfo (1985). ¿Quién mató a Rosendo?. Buenos Aires: Ediciones de la Flor. First published 1969.
- Waltz, Kenneth N. (1979). Theory of International Politics. Reading: Addison-Wesley.
- Weber, Max (1978). Economy and Society. Berkeley: University of California Press.
- Wynia, Gary (1986). Argentina: Illusions and Realities. New York: Holmes and Meier.
- Zorrilla, Rubén (1983). El liderazgo sindical argentino: Desde sus orígenes hasta 1975. Buenos Aires: Siglo Veinte.

Periodicals

Boletín Informativa Semanal de la CGT 1963, 1964, 1965.

Clarín 1970.

Compañero 1963.

Confirmado 1965, 1966.

Cuadernos de Marcha 1973.

Hispanic American Report 1958, 1959, 1962, 1963, 1964.

Informes Laborales 1963, 1964, 1965, 1966.

La Nación 1963, 1966.

La Razón 1964.

Panorama 1964, 1965.

Primera Plana 1964, 1965, 1966, 1967.

Other Sources

Author's personal interviews.

Interview with Vicente Saadi, Oral History Project of the Instituto Torcuato Di Tella,
Buenos Aires, 1972.